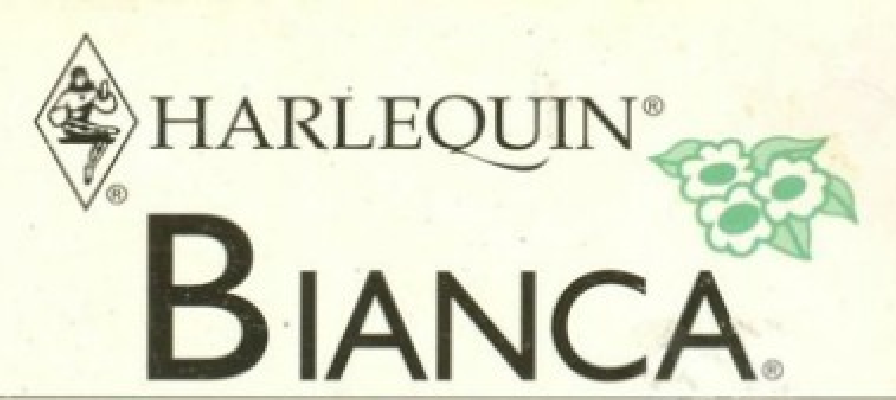


Por orgullo

Abigail Gordon

2,40 € / 399 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $13.00

Por orgullo

Abigail Gordon

Por orgullo (16.1.2002)

Título Original: The elusive doctor (2001) **Editorial:** Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1288

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Robert Carslake y Nina Lombard ***Argumento:***

La ambiciosa doctora Nina Lombard no quería estar en aquel pintoresco pueblo, Stepping Dearsley. Pero una difícil situación familiar la había llevado hasta allí, y hasta el impresionante doctor Robert Carslake. Nina se dio cuenta de que tenía una razón más para quedarse…

Rob se decía a sí mismo que había sido un error contratar a Nina. Ella pertenecía a la ciudad. Él era del campo. Eran dos polos opuestos. Pero, aparte de todo aquello, el doctor sabía que había otra poderosa razón para tener reticencias, y cada vez le resultaba más difícil enfrentarse a la verdad…

Capítulo 1

A MEDIA mañana, las calles del pueblo estaban abarrotadas. Los vecinos de Stepping Dearsley iban de un lado a otro haciendo sus tareas y los turistas, que habían llegado en coche, tren o autocar para pasar el día en uno de los pueblos más bonitos de Cheshire, se dedicaban a pasear por las calles empedradas o a tomar café.

Los que tenían un presupuesto más alto lo tomaban en el hotel Royal Venison, con sus pavos reales correteando por el jardín, y los que andaban escasos de dinero, en el antiguo mesón del pueblo.

Cerca del hotel, una profesora y sus alumnos salían de la exposición de pintura contemporánea en la galería de Sara Forrester, situada en un antiguo patio.

Frente a la galería, se alzaba una vieja casa de piedra de la que entraba y salía gente continuamente. Era la clínica de Stepping Dearsley.

Nina la observaba desde la acera, con expresión malhumorada.

Aquello no era Kosovo, ni Bosnia, pensó, observando a una joven que salía de la clínica con su hijo de la mano.

Ella tenía tantos planes, tantos ideales para cuando terminase la carrera…

¿Y qué había pasado? Una carta de su padre diciendo que la necesitaba en casa. Ni siquiera se molestaba en decir «por favor». Y si no fuera Eloise la causa de tan urgente llamada, Nina no habría viajado a aquel pueblo precioso, pero alejado de cualquier sitio interesante.

La noticia de que Eloise, su madrastra y amiga, sufría cáncer de mama había hecho que se trasladase a Stepping Dearsley para ayudarla en lo que fuera posible.

Su madrastra protestó, pero Nina sabía que debía estar con ella.

—En la clínica necesitan un médico —le había dicho su padre—. Podrías trabajar aquí y así no perderías el tiempo.

¿Trabajar en Stepping Dearsley? Se moriría de asco en aquel sitio, pensaba Nina.

La idea de instalarse en el pueblo al que su padre y Eloise se habían mudado un año antes le daba escalofríos. Ella era una chica de ciudad. Discotecas, bares, teatros, grandes almacenes… eso era lo que le gustaba. Además, ella era conocida entre los estudiantes de la universidad de Londres como el alma de todas las fiestas.

Cuando terminó la carrera decidió buscar trabajo en algún sitio interesante o ingresar en Médicos sin fronteras, pero no había podido decirle que no a su padre. Conociéndolo, sabía que no le sería de ayuda a Eloise, la encantadora mujer que se había ganado su corazón cuando era una niña de once años.

Además, aquella vez había hecho bien en llamarla. Cuando abrazó a Eloise se dio cuenta de que, por primera vez en muchos años, tenían que invertir los papeles: era ella quien debía proteger a su madrastra.

La sugerencia de que buscase trabajo en la clínica, aunque la había irritado el primer día, era la única solución. De ese modo, al menos podría trabajar en lo suyo.

Y por eso estaba frente a la clínica, el único servicio médico de Stepping Dearsley.

Una anciana pasó a su lado cuando estaba a punto de cruzar la calle.

—¿Le ocurre algo, señorita?

—No, nada —contestó Nina, sorprendida.

—No la conozco, pero aquí ya no conocemos a nadie —suspiró la mujer—. El pueblo está tan lleno de turistas que todas las caras resultan desconocidas.

—Soy la hija de Peter Lombard. Vive en una casa al final del pueblo.

Los ojos de la anciana se iluminaron.

—Ah, entonces eres la hija de la señora Lombard. Es una mujer muy agradable.

—Sí, es verdad —asintió Nina. No tenía sentido explicarle que era su madrastra.

Su padre era un militar retirado y no era fácil vivir con él, pero Eloise debía encontrarlo atractivo. Alto, fuerte, con el pelo blanco por los años y unos penetrantes ojos verdes… Sí, en realidad seguía siendo bastante guapo. Pero era insoportable.

Nina se parecía mucho a él, incluso en el fuerte carácter. Aunque había heredado la personalidad de su madre, una mujer encantadora a la que quería todo el mundo.

—Me llamo Kitty Kelsall —estaba diciendo la anciana—. Limpio la clínica, pero ya he terminado por hoy. Ahora están los pintores y no puedo seguir trabajando.

—Ah, claro.

De modo que iba a ser entrevistada en medio de un montón de botes de pintura… ¿Los directores de la clínica la recibirían mordisqueando un palillo? ¿Habrían oído hablar de las nuevas técnicas o serían los típicos médicos de pueblo?

Fuera como fuera, ella estaba vestida para la ocasión, pensó mientras atravesaba las puertas de cristal de la clínica.

Con un precioso traje de chaqueta azul marino y una blusa blanca, el pelo oscuro cortado a la moda para destacar sus hermosas facciones y los ojos verdes tan brillantes como siempre, Nina se sentía cómoda con su aspecto.

A primera vista, la clínica era un dispensario de pueblo. Los pacientes se sentaban en bancos de madera y el papel pintado de la sala de espera debía ser cambiado urgentemente para no causar daño a la vista.

Sin embargo, había varias recepcionistas, como si fuera un moderno hospital. ¿A cuánta gente atendían diariamente en la clínica de Stepping Dearsley?

—Buenos días. Tengo una cita con los directores de la clínica —anunció Nina.

—Dos de ellos están pasando consulta y los otros están abajo —sonrió una de las jóvenes—. ¿Es usted la doctora Lombard?

—Sí.

—En el piso de arriba están las oficinas, los ordenadores y la sala de juntas. Si no le importa esperar un momento…

Nina hizo un gesto de sorpresa. Aquel sitio parecía la clínica de *La casa de la pradera* y, sin embargo, tenían oficinas y ordenadores. Quizá no sería tan aburrido trabajar allí.

—Muy bien.

—Puede subir a la sala de juntas. ¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias. La encontraré yo misma.

Si el primer piso de la clínica era un sitio anticuado, no podía decirse lo mismo del segundo. Nina caminó por un pasillo con paredes forradas de madera y llegó a una sala que parecía más el cuartel general de la N.A.S.A. que la oficina de una clínica de pueblo.

Subido a una escalera había un pintor terminando su trabajo. No la había visto y cuando ella tosió para llamar su atención, el

hombre se dio la vuelta y, sin querer, tiró el bote de pintura que tenía a su lado.

No le dio de lleno, pero la salpicó.

¡Pintura blanca en su inmaculado traje azul marino!

El hombre la miraba, sorprendido.

—¡Mire lo que ha hecho! ¡Tengo una entrevista para trabajar en este maldito dispensario de pueblo y llevo una mancha de pintura en el traje!

—Lo siento, pero me ha asustado —explicó el pintor—. Puede intentar limpiar la mancha con aguarrás.

—¿Usted iría a una entrevista oliendo a aguarrás? —exclamó ella, furiosa—. ¡Y bájese de ahí! Me duele el cuello de mirar para arriba.

El hombre obedeció, pero Nina se dio cuenta de que no parecía en absoluto arrepentido.

Los ojos castaños que había bajo la gorra blanca tenían un brillo de burla.

—Podría ponerse la falda al revés. Pero no creo que a nadie le importe tanto una mancha.

—Eso espero. No sé para quién trabaja, pero su jefe debería pagarme una falda nueva.

Es la primera vez en mi vida que voy a una entrevista hecha unos zorros… Y hablando de la entrevista, ¿dónde están los directores de la clínica? La recepcionista me dijo que los encontraría aquí.

—Y están aquí —contestó el pintor, desabrochándose el mono blanco.

Cuando Nina iba a replicar, oyó pasos en la escalera.

—¡Rob! —exclamó una mujer—. ¿Qué estás haciendo?

La que hablaba era una morena llena de curvas… y de maquillaje.

—Estaba retocando un poco el techo —contestó él.

—Estás loco. ¿Para qué pagamos a los pintores? —preguntó la mujer, antes de volverse hacia Nina—. ¿Y usted quién es?

—Nina Lombard. He venido para entrevistarme con los directores de la clínica. Aunque no suelo presentarme con el traje manchado de pintura.

—Es culpa mía, Bettine. Se me ha caído un bote —explicó el

pintor—. Creo que debería presentarme, doctora Lombard. No soy Miguel Ángel ni Velázquez. Soy Robert Carslake, uno de los directores de la clínica de Stepping Dearsley.

Mientras hablaba estaba quitándose el mono y cuando Nina vio aquellos hombros anchos, el pelo castaño y los ojos de color nuez, se echó a reír. Menudo comienzo de carrera en la medicina rural. Eso, si conseguía el puesto.

Lo consiguió, pero no fue tan fácil como había creído. Para empezar, porque el bromista de la pintura se convirtió en un hombre diferente una vez que estuvo sentado en la sala de juntas.

Era amable y simpático, pero Nina se dio cuenta inmediatamente de que era un profesional muy serio.

La morena, que tenía una actitud muy posesiva con el doctor Carslake, le fue presentada como Bettine Baker. Había también un hombre rubio, Gavin Shawcross, y un hombre de origen asiático, el doctor Vikram Raju.

Robert Carslake le preguntó en qué universidad se había graduado, dónde había hechos las prácticas y si tenía intención de especializarse. Bettine Baker le preguntó sin mucho entusiasmo cuánto tiempo pensaba quedarse en Stepping Dearsley.

Cuando Nina contestó que se quedaría tanto tiempo como la necesitasen en su casa, Robert replicó que eso no era dar mucho margen.

—De modo, que está dispuesta a trabajar en este «maldito dispensario de pueblo», como usted misma ha dicho antes, durante el tiempo que le venga bien, sin considerar las necesidades de la clínica. ¿Es eso?

Sabiendo que había empezado fatal, Nina sonrió.

—Dije eso en un momento de enfado. Le recuerdo que acababa de tirarme un bote de pintura.

Lo cierto era que no le apetecía nada trabajar allí, aunque no podía decírselo a la cara o se quedaría sin empleo. Y no quería que su padre tuviera que mantenerla.

—Siento haber dado una mala impresión, pero si me ofrecen la oportunidad de trabajar aquí, espero hacerlo con dedicación y profesionalidad. Sería mi primer trabajo serio después de graduarme en la universidad y, por lo tanto, un gran reto para mí.

Cuar.do he dicho que las circunstancias familiares decidirán el

período de mi estancia en Stepping Dearsley, pensaba en la enfermedad de mi madrastra.

—Sabemos que es usted hija de Peter Lombard y que su esposa tiene problemas de salud —dijo entonces Robert Carslake—. Pero supongo que entenderá que debemos tomar una decisión pensando en la clínica.

—Sí, por supuesto.

—Y que nos gustaría discutir el asunto entre nosotros antes de tomar una decisión.

—Claro.

Robert se levantó, sonriendo.

—Le daremos una respuesta dentro de un par de días, doctora Lombard. Supongo que podemos localizarla en casa de sus padres, ¿no?

—Así es —suspiró ella.

Cuando se dirigía a la escalera, Robert Carslake la llamó.

—Le pagaré la limpieza del traje. O uno nuevo, si quiere —le dijo, con una sonrisa—.

Aunque a mí me parece que la mancha le queda muy bien.

—Muchas gracias, doctor Carslake.

Debía de creerse muy gracioso, pensó, mientras bajaba la escalera taconeando ruidosamente.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó su padre en cuanto llegó a casa —. No me digas que has ido así a la entrevista.

Nina dejó escapar un suspiro.

—En respuesta a la primera pregunta, no muy bien. Y, en cuanto a lo segundo… uno de los directores de la clínica me tiró encima un bote de pintura.

—¿Que te ha tirado encima un bote de pintura? ¡Por Dios bendito!

—Bueno, más que tirármelo, se me cayó encima.

—No me digas que están pintando la clínica ellos mismos. Sé que necesitan fondos, pero…

—Solo estaba retocando no sé qué.

Peter Lombard frunció el ceño.

—Pues espero que no te haya «retocado» a ti.

Nina soltó una carcajada. Su padre no solía hacer bromas y, seguramente, ni siquiera sabía que había hecho una.

—¿Dónde está Eloise?
—Descansando en la habitación.
—Voy a verla.
Hasta el momento, nadie había hablado de una mastectomía. Le habían extirpado el tumor y estaba recibiendo quimioterapia. Por eso estaba tan cansada.
Aparentemente, el cáncer no se había extendido, pero la madre de Eloise había muerto a causa de un cáncer de mama y eso podría indicar que el problema solo estaba empezando.
Su madrastra era una enferma extraordinaria y cuando Nina entró en la habitación, la recibió con una sonrisa. Nada de quejas, nada de lamentos.
—Cuéntame qué ha pasado.
—No hay mucho que contar —suspiró Nina, sentándose en la cama—. Bueno, yo dije que la clínica era un «dispensario de pueblo» y uno de los directivos me manchó el traje de pintura.
Eloise soltó una carcajada.
—No sé sí debo preguntarte qué ha pasado.
—¿Tú conoces a Robert Carslake?
—Sí —contestó su madrastra.
—¿Qué sabes de él?
—Pues… tiene treinta y cinco años y consiguió el puesto de director hace cuatro o cinco.
—¿Y?
—Vive en un apartamento encima de la clínica y… ¿qué más quieres saber? ¿Si está casado?
—¿Lo está?
—Me temo que está prometido con otro de los directores.
—Supongo que será Bettine Baker. Porque no creo que esté prometido con el doctor Shawcross o el doctor Raju —río Nina—. Pero me da igual. No creo que me ofrezcan el puesto.
Eloise acarició su pelo, tan cariñosa como siempre.
—¿Y si no te lo dan qué vas a hacer? Tú sabes que no quiero ser un estorbo para ti.
—Lo sé, pero aunque no hubiera hecho planes de trabajar en Stepping Dearsley, mi corazón está aquí.
Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.
—Eres un cielo, hija.

La chica de los fieros ojos verdes se juró a sí misma entonces que haría lo que fuera para quedarse a su lado, aunque tuviera que fregar platos en el hotel. Cualquier cosa con tal de estar cerca de Eloise… y no ser mantenida por su padre.

—¿Qué ha hecho con la falda? —escuchó una voz tras ella, en la oficina de correos.

Cuando se dio la vuelta, Nina se encontró con Robert Carslake. Aquella vez iba vestido como cualquiera de los habitantes de Stepping Dearsley, con una camisa de cuadros, pantalones de pana y un par de botas.

Estaba muy guapo. Enormemente guapo.

—Veo que esta mañana no está pintando.

—Hoy es mi día libre —sonrió él—. Y he decidido irme a Londres.

Nina suspiró dramáticamente.

—Qué suerte. Yo estoy deseando respirar humo y darme codazos con la gente para entrar en unos grandes almacenes.

—Ahora entiendo el comentario de ayer. Trabajar en una clínica de pueblo no es precisamente lo que había soñado, ¿no?

—Pues… no me importaría, la verdad. Pero si no me dan el puesto, encontraré trabajo en otro sitio. Hoy he visto en el periódico que en la iglesia están buscando monaguillo —bromeó Nina.

—Ah, pues entonces deberíamos contratarla. No me parece justo que en la iglesia tengan que sufrir porque nosotros no estemos dispuestos a hacerlo.

—¿Sufrir?

—Era una broma.

Él la estaba mirando de arriba abajo: pantalones vaqueros, camiseta ajustada bajo la que se intuían unos pechos orgullosos, una cinturita que podía haber estrechado con las dos manos…

La idea de tener a aquella joven londinense en la clínica era una locura, pero le daba igual. Se había graduado con muy buenas calificaciones y, aunque no le gustase el pueblo, mientras fuera una buena profesional…

Como médico en prácticas, debería tener un tutor, uno de los cuatro directores de la clínica. Gavin Shawcross se había ofrecido voluntario, pero por alguna razón, Robert había decidido ponerla bajo su ala.

Gavin aceptó graciosamente, el doctor Raju asintió con la cabeza y Bettine… Bettine había dicho que sí con cara de pocos amigos. Pero daba igual.

Para bien o para mal, habían decidido contratar a Nina Lombard. Quizá cuando llevase un tiempo en Stepping Dearsley, dejaría de ver aquel precioso pueblo del condado de Cheshire como un sitio indeseable.

—¿Cuándo voy a saber si me han borrado de la lista de parados de este país? — preguntó ella entonces.

Robert podría habérselo dicho, pero la oficina de correos no era el sitio más indicado para hablar de trabajo.

—Esta tarde iré a su casa para hacerle saber cuál ha sido nuestra decisión.

Esperar unas horas no le haría ningún daño a aquella chica tan moderna y tan segura de sí misma, pensó mientras volvía hacia el coche, donde lo esperaba una Bettine con cara de malas pulgas.

El viaje a Londres no había sido precisamente un éxito. Robert tenía el día libre, pero no así Bettine que, a pesar de todo, se había empeñado en ir con él: Y no le hacía gracia que pasara por encima de las normas que ellos mismos habían establecido en la clínica solo porque estaban prometidos.

Además… ¿por qué no quería aceptar otro médico en el consultorio? Tenían casi siete mil pacientes por año. Y además de los pacientes, estaba el papeleo. Nina Lombard les quitaría mucho trabajo de encima.

Las dos veces que se habían visto, Nina llevaba ropa oscura y, cuando fue por la tarde a casa de su padre, se sorprendió al verla con un vestido amarillo.

Robert vio un reflejo dorado entre los arbustos y se acercó. La figura estaba mirando los campos verdes que rodeaban el pueblo. Parecía una estatua, pero no lo era. Era Nina Lombard.

Curiosamente, también parecía capaz de permanecer quieta, pensó sin saber por qué.

¿Estaría aburrida, triste?

Fuera lo que fuera, en sus ojos había curiosidad cuando se volvió para mirarlo.

—El puesto es tuyo, Nina —dijo, tuteándola—. ¿Qué te parece?

—Pues… muy bien, Robert —sonrió ella.

—Estupendo. Si te parece, mañana puedes pasarte por la clínica para discutir el sueldo y el horaria Y, ya que estoy aquí, me gustaría ver a tu madro para ver qué tal va la quimioterapia.

—Sí, claro. Pero Eloise es mi madrastra. Aunque siempre ha sido como una madre para mí.

Robert sonrió y Nina pensó tontamente que tenía una sonrisa preciosa.

—Así que va a contratar a mi hija —dijo Peter Lombard cuando entraron en la casa—.

Pues ha encontrado una buena recluta.

—¿Cómo?

—Que es una chica muy seria, muy dispuesta. No es de las que temen perderse en el bosque. Pero si no le hace caso, póngala firme.

—No creo que haga falta —sonrió Robert—. Me gustaría ver a su esposa. ¿Está por aquí?

—Pues claro que está por aquí. ¿Dónde va a estar? No tiene energía para nada.

Robert Carslake observó que Nina se daba la vuelta. De modo que estaba allí no solo para acompañar a su madrastra, sino para suavizar un poco la vida de Eloise con aquel viejo militar.

Peter Lombard probablemente no había estado enfermo en toda su vida y no sabía cómo tratar a alguien que sí lo estaba.

Cuando Nina lo acompañó a la puerta diez minutos más tarde, intentó congraciarse con ella, aunque no sabía por qué.

—Estoy seguro de que eres una profesional estupenda, pero en cuanto a lo de recluta…

no te imagino aceptando órdenes tan fácilmente.

—Si la persona que da las órdenes es alguien a quien respeto… y si no me ladra…

—¿Tienes coche para hacer las visitas a domicilio?

—Un Mini rojo.

—Ah, entonces no te perderemos en el bosque.

—No estoy yo tan segura —murmuró Nina.

Capítulo 2

CUANDO su padre la llamó a las ocho y media de la mañana, Nina escondió la cara en la almohada. Había estado despierta casi toda la noche.

Solo cuando Eloise se quedó dormida en el sofá, subió a su habitación, pero para entonces ya estaba amaneciendo.

—¡Despierta de una vez, Nina! El doctor Carslake te llama por teléfono.

—Ya voy —murmuró ella, alargando la mano para tomar el auricular.

—Hola, soy Robert —escuchó su voz al otro lado del hilo—. ¿Puedes venir a la una? Es la mejor hora para mí, entre la consulta y las visitas.

—De acuerdo —asintió Nina, medio dormida.

—¿Te he sacado de la cama?

—No. Sigo en ella.

—¿Ah, sí? Pues eso cambiará pronto, me temo.

Nina disimuló un bostezo.

—Supongo que sí. Pero la razón para que esté medio dormida a estas horas, no.

—¿Eloise ha pasado mala noche?

—Así es.

—¿Y tu padre?

—No, él no. Si no se acuesta temprano, no se levanta cuando tocan diana y eso no puede ser, claro.

Tenía la impresión de que él estaba sonriendo y, en lugar de sentirse gratificada, Nina se sintió culpable. Su padre no podía evitar ser como era.

—Nos veremos a la una —dijo Robert Carslake.

—¡Sí, señor! —contestó ella, antes de colgar.

La segunda visita a la clínica no fue tan deprimente como la primera. Aquella vez, una de las recepcionistas la llevó a la consulta de Robert Carslake, que estaba sentado detrás de su escritorio. Aquel día, llevaba un traje gris que le quedaba tan bien como la camisa y los pantalones de pana.

Robert, con una sonrisa burlona, le preguntó si estaba despierta.

—Muy despierta. Y dispuesta a empezar.

Cuando terminaron de discutir los detalles del empleo, sueldo,

horario, etc… el doctor Carslake la miró a los ojos.

—Ayer conociste a todos los directores y estoy seguro de que vas a llevarte bien con todo el mundo. El doctor Raju es una persona muy agradable y estará encantado de darte consejo, igual que Gavin Shawcross. Bettine Baker también es una doctora muy competente.

—Sí, claro.

Nina notó que no había incluido a su prometida entre los colegas que estarían encantados de darle consejo. Y tampoco le había dicho que era su prometida. ¿Por qué iba a hacerlo? Era algo que pertenecía a su vida vida privada.

—En cuanto a mí, me parece que estaré a tu lado más de lo que te gustaría. Yo me encargaré de tu entrenamiento. Cada vez que contratamos un médico en prácticas, yo me encargo de la tutoría —sonrió Robert—. Y espero que el tiempo que pases aquí te sea de utilidad. A pesar de tu aversión por el campo.

—Me gustaría empezar lo antes posible —dijo ella, sin morder el anzuelo. No pensaba volver a mencionar el asunto del «dispensario» aunque le fuera la vida en ello—. Durante el día, mi padre se encarga de Eloise. Es por las noches cuando me necesita.

—Puede que haya pacientes que te necesiten por la noche —le recordó Robert.

—Lo sé. Pero no es problema, puedo pasar muchas horas sin dormir. Es que esta mañana me has pillado hecha polvo.

—Muy bien —murmuró él, golpeando el escritorio con los dedos—. ¿Quieres empezar mañana? Si tan dispuesta estás…

No estaba tan dispuesta, pensó ella. Era, más bien, que no le quedaba más remedio. Pero que el trabajo en Stepping Dearsley se viera endulzado por un tutor tan guapo como Robert Carslake era, al menos, una alegría para los ojos.

—Me parece muy bien.

—¿Habías pensado hacer tus prácticas en una clínica de pueblo?

—No exactamente.

Si le dijera que había esperado trabajar en países como Afganistán o Bosnia, quizá Carslake decídiría buscar un médico en otra parte. Y si era así, ¿qué iba a hacer?

Le gustase o no, tenía que trabajar allí. Al menos, hasta que Eloise se encontrase mejor.

Quizá algún día, cuando su madrastra hubiera vencido al

silencioso asesino, podría hacer realidad sus sueños.

Un golpe en la puerta les hizo volver la cabeza. Era la sinuosa doctora Baker que, después de saludar a Nina con una sonrisa completamente falsa, se dirigió a su prometido: —¿Comemos juntos, Rob?

—No puedo. Tengo que hacer un montón de visitas.

—¿Y qué pasa con Gavin y Vikram? ¿No pueden hacer algunas?

—Imposible. Hay un montón de pacientes. Es ese virus estomacal que tiene a la mitad del pueblo en la cama.

—Ya, claro. Si quieres, puedo encargarme de algunos pacientes. De ese modo, podremos vernos un rato.

—Lo que quieras. Nos veremos en el hotel a las tres, si te parece.

—Muy bien, cariño —sonrió Bettine.

Nina estaba empezando a sentirse incómoda cuando Robert se volvió hacia ella.

—Nos veremos mañana. A las ocho.

—¿Tan temprano? —exclamó Bettine—. Debes de tener muchas ganas de trabajar.

—Quizá ha olvidado que los estudiantes de medicina se levantan a las seis de la mañana, doctora Baker —replicó Nina—. O a lo mejor, en sus tiempos, había unas becas más suculentas.

Estupendo. Empezaba haciendo amigos, pensó después, irritada consigo misma. Pero la doctora Baker la miraba con una expresión tan condescendiente que no había podido evitarlo.

La sofisticada morena no encontraría competencia en ella, una estudiante recién salida de la universidad que iba a necesitar toda la ayuda que pudieran ofrecerle.

Solo había dos recepcionistas cuando Nina se presentó en la clínica al día siguiente. Las demás debían de tener el día libre.

—Somos cinco en total —le explicó una de ellas—. Yo soy Bárbara Walker. Es usted la doctora Lombard, ¿verdad?

—Sí —sonrió Nina.

Intentaba aparentar tranquilidad, pero estaba nerviosa. En cuanto puso el pie en la clínica, se dio cuenta de que aquel iba a ser su primer trabajo serio como médico.

Le daba miedo hacer el ridículo delante de algún paciente… o peor aún, delante del doctor Carslake.

O peor todavía, delante de la doctora Baker.

—Es usted la primera en llegar. ¿Quiere un café?

—Sí, gracias.

Su padre le había preparado un plato, más bien una fuente de cereales o una taza de té.

—Come algo, muchacha —le había dicho—. Puede que sea el único rancho que tomes en todo el día.

Pero ella prefería tomar un buen café para despejarse un poco con la cafeína.

La mujer que le había preguntado dos días antes si le pasaba algo, la que limpiaba la clínica, se sorprendió al verla entrar en la cocina con Bárbara.

—Ah, es usted médico. Y yo pensaba que solo había venido para ver a sus padres…

El doctor Carslake y su prometida aparecieron en ese momento.

—Buenos días. Ya veo que te cuidan bien —sonrió él.

—Sí, muy bien.

La mujer que estaba a su lado no dijo nada. No hacía falta. Su expresión lo decía todo: «eres una cría demasiado orgullosa».

Pero Nina no era una «cría», sino una mujer de veintisiete años. Que Bettine Baker tuviese ocho años más no significaba que ella llevara calcetines. Quizá tenía celos, pensó.

Pero no debía tenerlos. Robert Carslake era guapo y simpático, pero un médico de pueblo no era precisamente lo que Nina estaba buscando.

En cuanto su primer paciente entró en la consulta, Nina se sintió en su elemento.

Había trabajado en varios hospitales durante el último año de carrera y aquello no era diferente. Excepto que estaba sola.

Pero si tenía algún problema, Rob y su enfermera, Judith Clark, estaban en la consulta contigua.

—Me han hecho pruebas en la vejiga —estaba diciendo su paciente, una mujer de sesenta años—. ¿Tiene usted experiencia con esas cosas?

—Sí. Creo que sí.

—¡Cree!

—Tengo experiencia, señora… Platt —sonrió Nina—. He trabajado en el departamento de urología del hospital de Kensington. Y si, por casualidad, no supiera algo, el doctor Carslake

puede aconsejarme.

La mujer hizo una mueca.

—No pienso hablar de mis cañerías con un hombre. Era usted o la doctora Baker. Y ella no estaba libre.

Claro que no. La señora Platt era su primera paciente y seguro que la había elegido la propia Bettine.

—¿Va a contarme cuál es su problema?

—Se supone que es al revés. Usted debe decirme qué me pasa.

—No me ha entendido —explicó Nina pacientemente—. Quiero saber por qué está aquí. Dice que le han hecho pruebas, pero no hay ningún informe sobre usted, excepto una carta de la doctora Baker pidiendo una cita con el urólogo.

—Y de quién es la culpa, ¿eh? —le espetó su irritante paciente.

—¿Qué clase de pruebas le han hecho

—Una citoscopia, rayos X y una ecografía.

—¿Cuándo?

—Primero debería preguntar por qué.

—No tengo que preguntar eso —dijo Nina, sin perder la sonrisa —. Está aquí, en la carta de la doctora Baker. Tiene sangre en la orina. Así que dígame, ¿cuándo le hicieron las pruebas?

—La semana pasada. He venido para que me den los resultados.

—Los resultados pueden tardar dos semanas en llegar, señora Platt. Pero en cuanto los recibamos, uno de los médicos de la clínica se pondrá en contacto con usted. Probablemente, la doctora Baker.

La desagradable mujer había empezado a levantarse.

—No sé si quiero verla a ella. A lo mejor usted puede averiguar qué me pasa, de una vez por todas.

Cuando salió de la consulta, Nina levantó los ojos al cielo. Menudo comienzo de su ilustre carrera. Y menudo truco sucio le había gastado Bettine Baker.

La puerta que comunicaba la consulta de Robert con la suya se abrió en ese momento.

—He oído la conversación. No sé cómo te han pasado a Ethel Platt el primer día. Está en nuestra lista de pacientes a los que hay que soportar echándole mucho valor. Pero lo has hecho bien —dijo, sonriendo—. Espero que los demás sean un poco más fáciles.

Lo fueron. Mamás con niños llorosos, pero acostumbrados a ver al médico, un granjero que se había cortado la mano con el alambre

de espino de una verja y a quien tuvieron que dar puntos en la sala de curas y varios pacientes con gripe, resfriado o el virus estomacal que estaba afectando a todos los habitantes de Stepping Dearsley.

Cuando la sala de espera estaba vacía, Robert la llamó.

—Vas a venir conmigo a la ronda de visitas. Quiero que conozcas la zona y ver cómo trabajas en el frente.

Ella hizo una mueca.

—Por favor, no utilices términos militares. Eso ya lo tengo en casa.

Robert sonrió.

—Tu padre sigue pensando que está en el cuartel, ¿verdad? ¿Qué era, capitán?

—¡Por Dios! Mi padre era coronel… que no se te olvide o estará en juego tu cabeza.

—¿Eres hija única?

—Sí. Mi madre murió cuando yo tenía once años y poco después, mi padre se casó con Eloise. Vivimos en cuarteles durante mucho tiempo y solo pude escapar cuando me fui a la universidad.

—Pero ahora estás de vuelta en el cuartel, ¿eh? —rio Robert.

—Me temo que sí.

—Al contrario que los demás, tú no has venido a Stepping Dearsley por decisión propia.

¿Qué planes tenías para cuando terminases la carrera?

—Algo más emocionante que esto —sonrió Nina.

—Recuerda que la emoción en la vida se produce por lo que uno es, no por lo que uno hace —replicó él. Cuando ella iba a contestar, Robert tomó su maletín con gesto brusco—.

Vamos, el día es corto y los que están esperando al médico no agradecerán que lleguemos tarde. Por el camino puedes contarme todo lo que quieras sobre tus emocionantes planes de vida.

—¿No vas a comer con la doctora Baker?

—Si no nos movemos, no tendré tiempo de comer. Y tú tampoco. Hay que volver para las consultas vespertinas, por si no te acuerdas.

—Yo no puedo trabajar sin comer —protestó Nina—. Puedo trabajar sin dormir, pero sin comer…

—Pues tendrás que hacerlo muchas veces. Así que prepárate.

—De eso nada. El rancho es el rancho.

Él soltó una carcajada.
—¿Quién lo está haciendo ahora?
—¿Qué?
—Hablar como en un cuartel.
—¿Lo ves? Es contagioso.
Robert abrió la puerta de la clínica.
—A veces, cuando te contagian algo, es difícil quitártelo de encima.
La miraba con tal intensidad que Nina se puso colorada. No sabía a qué se refería. Quizá a Bettine, que le decía adiós desde un Jaguar. ¿O estaba hablando de ella?
Tom Blackmore tenía la enfermedad de Parkinson. Pero había llegado a un estado que Nina no había visto nunca. El anciano temblaba de tal forma que no podía creer lo que Robert, Rob, como había insistido en que lo llamara, le había dicho mientras se dirigían a la granja.
Por lo visto, Tom había sido un hombre sanísimo hasta que contrajo la enfermedad. Ni un solo día en toda su vida había acudido al médico.
—Afortunadamente, sus hijos se encargan de la granja y Mary, su mujer, lo cuida con devoción, pero ninguna medicina puede ayudarlo. Ha llegado a un punto casi de demencia que le afecta al habla y es difícil entender lo que dice.
—¿Cuánto tiempo crees que le queda?
—El Parkinson es un asesino lento —suspiró él.
Poco después, una mujer bajita y simpática les abría la puerta.
Estaba haciendo bollos de crema y Rob miró la bandeja con cara de niño goloso.
Aparentemente, la mujer de Tom siempre le daba un café con bollos cuando iba a visitar a su paciente.
—Mientras examina a mi marido, voy a preparárselos como a usted le gustan, doctor Carslake.
Nina lo miró con expresión sarcástica.
—¿Qué pasa?
—No he dicho nada.
—No es ningún crimen que me gusten los bollos de crema. Y ya ves que no vas a pasar hambre —rio él.
Tom los miró inquisitivo cuando entraron en la habitación y

Nina pensó con tristeza que dentro de aquel cuerpo enfermo había un cerebro que funcionaba perfectamente.

Se quedó a un lado mientras Rob lo examinaba y no le sorprendió que, cuando bajaron a la cocina, le preguntara a su mujer si quería enviarlo a un hospital durante unos días para poder descansar un poco.

Pero ella negó con la cabeza.

—Llevo con él así mucho tiempo. No voy a abandonarlo ahora.

—Si cambias de opinión, solo tienes que llamarme.

—No puedo hacerlo —suspiró la mujer, poniendo un plato de bollos sobre la mesa.

Cuando salieron de la casa, Nina respiró profundamente. La había afectado ver al pobre Tom temblando como una hoja, incapaz de tomar siquiera un vaso de agua.

Pero no respiraba profundamente solo por eso.

Había bromeado con Rob sobre el humo de la ciudad, pero la verdad era que el aire en Stepping Dearsley era tan puro como el agua fresca del arroyo que cruzaba la granja.

—Cuidado, no tienes los pulmones acostumbrados al aire puro. Puedes ponerte enferma.

—¡Ja! —rio ella—. Hace falta algo más que eso para convencerme de que en un pueblo se vive mejor.

Pero cuando entraban en el coche de Rob, mucho más modesto que el de su prometida, Nina se sentía absurdamente contenta.

Una semana antes, el hombre que había a su lado solo era una firma en un papel pidiéndole que acudiera a la entrevista que ella misma había solicitado. Se conocieron tres días antes y… ¿qué?

Era un hombre muy guapo, muy agradable y absolutamente encantador. Pero estaba comprometido y robarle el novio a alguien era algo que no entraba en sus planes.

—¿Qué te pasa? ¿Estás cansada?

—No —contestó ella—. Me gusta salir de la clínica.

—¿De verdad? Espero que sigas pensando lo mismo dentro de unas semanas. Aunque lo dudo.

Nina no quería hablar de cosas sin importancia. Deseaba saberlo todo sobre él. ¿No le había dicho Eloise que vivía en un apartamento encima de la clínica? ¿Por qué?, se preguntó.

¿Su sueldo no era mucho mayor que el de ella? Quizá tenía

algún vicio secreto…

Aunque seguramente estaba a punto de casarse y tanto él como la desagradable Bettine estaban ahorrando para comprar una bonita casa.

Y por lo que había visto de la novia, no sería una casa cualquiera.

—Me han dicho que vives encima de la clínica. ¿No te molesta estar tan cerca del trabajo?

Rob apartó la mirada de la carretera durante un segundo y Nina vio que había un brillo de sorpresa en sus ojos.

—Sí, la verdad es que sí. Pero también tiene sus ventajas. Para empezar, no tengo que conducir. Y es barato.

—¿Estás ahorrando para casarte?

—Para eso y para otras cosas —contestó él, en un tono que anunciaba el fin de esa conversación—. Nuestro próximo paciente vive en el pueblo. Es Sara Forrester, la dueña de la galería de arte. ¿Sabes que es agorafóbica? No puede salir de casa ni para ir a la consulta.

Nina recordó la galería de arte cerca del hotel Royal Venison.

—¿Y cómo se comunica con los artistas?

—Ellos vienen á verla a Stepping Dearsley.

—¿Qué se puede hacer con la agorafobia? ¿Qué clase de tratamiento tiene?

—Nosotros no podemos hacer mucho. En realidad, es una enfermedad que debe ser tratada por un psiquiatra. Todo empezó cuando la atracaron en la calle. Desde entonces, no puede salir de casa.

—Pobrecilla —murmuró Nina—. Es increíble que te atraquen en una comunidad tan pequeña como esta. Esas cosas pasan en Londres, pero aquí…

—Aquí también hay delitos, como en todas partes. Menos que en Londres, claro, pero también hay que tener cuidado.

Sara Forrester no los había llamado por cualquier cosa. La pobre estaba en la cama, sudando, con una seria infección en el pecho.

—Tienes neumonía, Sara —le dijo Rob—. Y como no hay nadie que cuide de ti, tengo que enviarte al hospital.

Cuando la ambulancia se la llevó, él sacudió la cabeza, preocupado.

—¿Qué pasa?

—Tiene que encontrarse muy mal. Ni siquiera ha protestado por tener que salir de casa.

¿Quién sabe? Quizá después de esta obligada estancia en el hospital, la agorafobia habrá desaparecido.

Cuando terminaron de hacer las visitas, eran más de las tres.

—¿No tienes hambre? —preguntó Nina.

—¿Solo piensas en eso? —suspiró Rob—. Si quieres, puedo dejarte en el café para que comas algo antes de empezar la consulta vespertina.

—¿Tú no vas a comer?

—No. Vikram tiene problemas con uno de sus pacientes y le prometí que charlaría con él un rato esta tarde.

Era cierto. Le había prometido a Vikram revisar con él un diagnóstico, pero esa no era la única razón por la que no quería comer con Nina.

Menos de veinticuatro horas después de contratarla, empezaba a arrepentirse. No era por sus cualificaciones, ya que era una buena profesional, sino por el efecto que ejercía en él.

No podía quitarle los ojos de encima. El movimiento de sus caderas bajo la estrecha falda, la prominencia de sus pechos bajo el jersey, la puntita de su lengua cuando se humedecía los labios, los cándidos ojos verdes…

¿Habría un hombre en su vida? Si lo hubiera, sería alguien a quien le gustase vivir en la ciudad. Al fin y al cabo, él estaba prometido con una mujer a la que le gustaba el campo.

Pero esa no podía ser la única razón por la que estaba comprometido con Bettine. No, claro que no. Bettine era guapa, buena en su trabajo, divertida… algunas veces. Pero últimamente, Rob tenía serias dudas sobre si quería que fuera la madre de sus hijos. En realidad, se sentía más atado a Bettine que comprometido con ella.

Una cosa era segura: había cometido un error adjudicándose el puesto de tutor de Nina Lombard. Estarían demasiado tiempo juntos y, aunque a él le gustase, seguramente Bettine se pondría de los nervios.

Pero alterar el arreglo en aquel momento despertaría muchas preguntas a las que no estaba dispuesto a contestar. Sería mejor

dejar las cosas como estaban… y mantener a Nina en su sitio. O, más bien, dejar de pensar en ella.

Eloise había hecho la cena. Aquella noche no sentía náuseas y Nina se alegró al verla en la cocina.

En cuanto oyó los pasos de su hijastra, la mujer se volvió con una sonrisa.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien —sonrió Nina—. Empecé con la paciente más insoportable de Stepping Dearsley, pero los demás eran normales. He hecho las visitas con el guapísimo de Robert Carslake.

Eloise soltó una carcajada.

—Como tu padre te oiga hablar así de tu jefe… Por no hablar de la doctora Baker.

—Seguramente lo llevaría a rastras al altar.

—No sé. Yo creo que él no tiene ninguna prisa por casarse.

—¿Cuánto tiempo llevan prometidos?

—Seis meses más o menos.

En ese momento, su padre entró en la cocina y Nina tuvo que contestar a una ráfaga de preguntas hechas al estilo castrense.

Después de cenar, Eloise y su padre salieron al jardín y ella se quedó paseando por la casa como un animal enjaulado.

Era por la noche cuando realmente echaba de menos estar en Londres.

—¿Por qué no te pasas por el café? —le preguntó su madrastra.

—¿El del hotel?

—No. Hay un café muy moderno al final del pueblo. Allí es donde va la gente joven.

—¿No te importa? —preguntó Nina.

—Claro que no. Dentro de un rato me iré a la cama. Además, no quiero que te aburras.

—Prométeme que me llamarás al móvil si no te encuentras bien.

—Te lo prometo —sonrió Eloise—. Venga, vete de una vez.

Capítulo 3

NINA se sorprendió con la actividad nocturna de Stepping Dearsley. Había muchos coches en el aparcamiento del hotel y las luces de la galería de arte que, a pesar de la ausencia de su dueña, permanecían encendidas, iluminaban la plaza llena de gente.

Después de todo, quizá aquel no era un pueblo tan aburrido.

Cuando llegó al café del que le había hablado Eloise pensó por un momento que estaba en Londres.

La música estaba a todo volumen y los que no habían encontrado sitio dentro tomaban copas sentados en el patio de piedra. Por las ventanas vio que el bar estaba abarrotado.

Y al mirar, descubrió un perfil que le resultaba conocido. Rob Carslake estaba sentado a una mesa con su prometida y escuchaba sin mucho interés algo que ella le estaba contando.

Nina se despidió del café. Llevaban todo el día juntos y estaba segura de que a Rob no le apetecería nada ver a su nueva colega por la noche.

Pero cuando se retiraba, se chocó contra alguien.

—¡Nina! No me digas que ya te ibas —sonrió Gavin Shawcross.

—Pues sí. Acabo de llegar, pero esto está hasta los topes… Además, he visto a Robert Carslake y…

—¿Qué?

—Que ya nos hemos visto suficiente por hoy.

—Pero a mí no me has visto.

Una de las mesas del patio acababa de quedar libre y el rubio doctor la tomó del brazo.

—Deja que te invite a una copa. Ya es hora de que nos conozcamos un poco.

Nina hubiera querido rehusar. La magia de la noche estival había desaparecido al ver a Rob con Bettine, pero ¿qué podía hacer? ¿Volver a casa para ver cómo su padre le sacaba brillo a las medallas?

—De acuerdo —sonrió por fin—. Como tú has dicho, ya es hora de que nos conozcamos un poco.

—¿Qué tal el primer día? —le preguntó Gavin unos minutos después, cuando volvía a la mesa con una botella de vino y dos copas.

Nina soltó una carcajada.

—No sé cuántas veces he contestado a esa pregunta. Todo ha ido bien, gracias. Ha sido interesante y… muy revelador.

—¿Revelador? ¿En qué sentido?

—Pues… en todos los sentidos.

Era una contestación ambigua. No quería decirlee a nadie que la vida de un médico rural empezaba a parecerle mucho más interesante de lo que había creído. Y absolutamente nadie debía saber que el médico que la había acompañado durante todo el día le parecía lo más interesante de todo.

Rob apareció entonces con Bettine, que apretaba su mano posesivamente, como si alguien fuera a quitárselo.

Al ver a Nina, la expresión del hombre se volvió seria.

—Hola. ¿Un poco de diversión después del trabajo?

La pregunta iba dirigida a los dos, pero Nina intuyó que se refería a ella.

—Pues sí. Solo falta el doctor Raju y estaremos todos.

—¿Sabías que estábamos dentro?

—Os vi por la ventana.

—¿Y por qué no has entrado? —preguntó Rob.

—Sin duda, se ha dado cuenta de que no queríamos ver a nadie —intervino Bettine con una de sus falsas sonrisas.

—Exactamente. Entonces me encontré con Gavin… y aquí estamos.

—Muy bien. Pues os dejamos solos —dijo su tutor, intentando sonreír—. Hasta mañana.

—¿Qué le pasa a Robert? Estaba raro.

—Ni idea —replicó ella, como si no le interesase nada el asunto —. ¿Por qué no me hablas de ti?

Gavin pareció encantado con la idea. Para cuando terminaron la botella de vino, Nina sabía que tenía treinta años, estaba soltero y vivía en una casa a las afueras del, pueblo. Era un hombre seguro de sí mismo y bastante atractivo, si a una le gustaban los rubios. Y, si las miradas que recibía de las chicas eran una señal, seguro que tenía muchas novias.

Incluso ella podría haber estado interesada si no hubiera otro colega mucho más atractivo.

—Te acompaño a casa —dijo él una hora después.

—No hace falta, gracias. Mi padre estará de guardia en la

puerta.

—No te entiendo.

—Es un militar retirado. En mi casa, después de las once y media mi ausencia del hogar paterno es considerada una deserción.

Y después de decir eso, Nina se levantó, dejando a Gavin boquiabierto.

Durante la primera semana de trabajo, Nina empezó a conocer a sus colegas. Había hablado pocas veces con el doctor Raju, pero cuando se cruzaban, él la miraba con sus ojos amables y le preguntaba si todo iba bien.

Nina le decía que sí y el hombre se alejaba, contento.

Gavin era un médico simpático con los pacientes y muy rápido. Siempre era el primero en terminar.

Bettine Baker también era buen médico. Era lista, práctica y crítica con todo y todos…

excepto Robert Carslake.

El viernes por la mañana, después de las consultas, la directiva había convocado una reunión en la sala de juntas y cuando Rob se sentó frente a ella, Nina se dio cuenta de que era, sin contar a los miembros de su familia, la persona con la que más tiempo había pasado en su vida.

No se habían separado en toda la semana. Y aunque en circunstancias normales empezaría a estar aburrida, Robert Carslake no la aburría en absoluto. Aunque se mostraba más frío que el primer día.

Sin embargo, se encontraba a gusto allí. La clínica estaba llena de pacientes y cada día aprendía algo nuevo.

La formidable Ethel Platt volvió el jueves para preguntar, en su clásico tono beligerante, si tenían los resultados de sus pruebas.

—A partir de ahora, me atenderá usted. La doctora Baker no tiene paciencia.

Pero el voto de confianza desapareció en cuanto Nina le dijo que aún no tenían los resultados. Ethel salió de la clínica echando humo.

En cualquier caso, era viernes y estaban a punto de comenzar una reunión de trabajo.

—¿Cuánto van a tardar los pintores en terminar el trabajo? Llevan aquí toda la vida — se quejó Bettine.

—Sí, es verdad. Pero aún no han terminado y me temo que el olor a pintura nos perseguirá unas cuantas semanas más —contestó Rob, mirando a su nueva colega de ojos verdes—. Y a algunos, además del olor, les ha tocado alguna mancha.

Nina sonrió. Se alegraba de que hubiera dejado atrás aquel aire serio y reservado. Pero Bettine intervino inmediatamente:

—Supongo que habrá temas más interesantes en la reunión que un estúpido accidente.

Después de eso, siguieron con las actividades de la semana.

—Yo creo que Nina podría echarte una mano en la consulta de obstetricia. ¿Qué te parece? Así los lunes estarías menos liada —comentó Rob.

La doctora Baker se encogió de hombros.

—Lo que tú digas. Mientras me quite trabajo…

Nina la miró con cara de pocos amigos. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Quedarse mirando como una tonta? Había pasado dos meses en el departamento de obstetricia del hospital de Mayfair durante las prácticas. De hecho, si algún día se especializaba, lo haría en ese campo.

—Gavin se encarga de respiratorio los jueves y Vikram lleva la consulta psiquiátrica, pero creo que es mejor que no te involucres en eso todavía —siguió Rob, ajeno a los comentarios punzantes de su prometida—. Yo creo que ya tienes suficiente trabajo.

—En otras palabras, no quieres que me meta en más líos —sonrió Nina.

—Exactamente.

Poco después, fueron interrumpidos por un golpe en la puerta. Era un hombre alto de cabello gris.

—Nina, te presento a John Burton, nuestro director financiero. Y, a menos que te apetezca aprender algo sobre la contabilidad de la clínica para el próximo trimestre, puedes marcharte.

Ella se levantó obedientemente. Aquel día llevaba pantalones de color beige y un jersey del mismo tono verde que sus ojos.

—¿Quieres que empiece con las visitas?

—¿Por qué no? Si tienes algún problema, llámame al móvil.

—Muy bien.

—Supongo que nos encontraremos dentro de una hora o algo así, cuando termine la reunión.

Los cuatro se quedaron con John Burton para discutir las finanzas de la clínica, algo que a ella no le concernía.

Cuando bajó a recepción, Michelle Thomas la llamó.

—Doctora Lombard, Ethel Platt acaba de venir otra vez para pedir sus resultados.

—¿Han llegado ya?

—Me temo que no.

Nina pensó que debería llamar al hospital para meterles prisa. La pobre Ethel, por muy insoportable que fuera, estaba angustiada por su problema.

—¿Te importa llamar al hospital, Michelle? Diles que esos resultados tienen que estar aquí el lunes.

Debería de estar contenta por haberse librado de la fría mirada de Bettine. O incluso por librarse de una reunión en la que hablarían de cifras y números que no eran de su competencia.

Si hubiera tenido previsto quedarse en Stepping Dearsley sería diferente, pero como eso no formaba parte de sus planes…

A pesar de que Bettine casi gritó de alegría al ver que se levantaba, estaba segura de que Gavin la echaría de menos. Aunque no por razones profesionales.

Desde la noche del café, había empezado a tontear con ella descaradamente.

Pero Nina no estaba interesada. Gavin era un chico simpático y salir con él la animaría un poco, pero no quería mantener relaciones con un colega… O, más bien, no con ese colega.

Pero esas fantasías no la llevarían a ninguna parte. Para empezar, porque Rob estaba comprometido. Además, había dejado de ser el compañero simpático del primer día.

Decidida a mostrarle que podía hacer sola las visitas, Nina se dirigió a casa del primer paciente.

La joven que abrió la puerta tenía un aspecto horrible. Tosía tanto que apenas podía hablar.

—Me encuentro tan mal que ni siquiera podía ir a la consulta.

Nina sacó el estetoscopio y después de reconocerla, sacudió la cabeza.

—Has hecho bien en no salir de casa. Tienes gripe y, si hubieras ido a la clínica se la habrías contagiado a toda la sala de espera.

—¿Y qué hago?

—Si los antibióticos que voy a recetarte no hacen efecto en dos días, llámame. Por el momento, bebe mucho líquido y no te levantes de la cama.

Una vez fuera de la casa, Nina respiró profundamente. Los síntomas de la joven eran parecidos a los de Sara Forrester, la propietaria de la galería de arte, pero no tan severos.

Tenía que ir a las afueras del pueblo para la siguiente visita, pero cuando se dirigía hacia allí sonó su móvil. Era Michelle Thomas. Había recibido una llamada urgente del hotel Royal Venison porque uno de los clientes tenía un fuerte dolor en el pecho.

El conserje del hotel parecía muy agitado.

—El pobre salió a dar un paseo y, al volver, empezó a sentir un dolor muy agudo. La acompañaré a su habitación.

—Muy bien.

Unos minutos después, Nina comprobó que el paciente tenía todos los síntomas de un infarto: dolor punzante en el pecho, dificultades para respirar, la piel fría y sudorosa… Era un hombre sano de cuarenta años, pero con problemas de peso.

—Hay que pedir una ambulancia urgentemente —le dijo al conserje en voz baja—. Es un amago de infarto.

El hombre llamó por teléfono mientras ella intentaba calmar a su paciente.

—Voy a enviarlo al hospital y allí lo dejarán como nuevo. Por ahora, no se mueva y permanezca tranquilo —sonrió, poniéndole la mascarilla de oxígeno.

—Ya sabía yo que era… el corazón. Y eso que he venido aquí a pasear.

—Sí, ya… —murmuró Nina, señalando el cenicero—. ¿Y esas colillas?

—¿Usted cree que… es el tabaco?

—Digamos que no lo ayuda nada.

El conserje miraba su reloj, angustiado.

—¿Cuánto cree que tardará la ambulancia?

Unos minutos después, su preocupación se desvaneció. El paciente iba camino del hospital más cercano y Nina aceptó un café en la terraza del hotel.

Pero tendría que tomarlo a toda prisa. La llamada del hotel

había sido una emergencia que no estaba en su lista. Y tampoco estaba la parada en casa de Ethel Platt, pero pensaba ir de todas formas.

—Por fin han llegado, ¿no? —preguntó la agria mujer al verla en la puerta.

—Me temo que no, señora Platt —le informó ella con su mejor sonrisa—. ¿Puedo pasar un momento?

—Sí, pero no sé para qué. Si no tiene nada que decirme…

Nina se sentó en un sofá de pelo de caballo que se le clavaba a través del pantalón. Con ese mobiliario, no le extrañaba que Ethel fuera tan fastidiosa.

—En el hospital nos han dicho que tardarán unos días y quería venir a decírselo para que no se asuste. No pasa nada, lo que ocurre es que el laboratorio está saturado.

—No me asusto. Lo que me preocupa es qué le pasará a mis gatos si yo estiro la pata — replicó la mujer.

—¿No cree que exagera?

—Un día me moriré, ¿no? Pero mientras sepa que mis gatos van a ir a una buena casa, me moriré tranquila.

—¿Cuántos gatos tiene?

—Cuatro. Tiddles, Topsy, Toby y Titmarsh —contestó Ethel, con un tono de voz completamente nuevo. Era como si guardase todo su afecto para esos animales. Mientras que para los seres humanos…

—Mire, señora Platt… —empezó a decir Nina con una seguridad que seguramente lamentaría más tarde—. Si se queda más tranquila, en caso de que le pasara algo, yo me quedaría con dos de sus gatos.

La mujer sonrió por primera vez.

—Es usted muy amable, doctora Lombard. Pero ¿qué pasará con los otros dos?

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Ethel abrió y Robert Carslake entró en el salón con cara de pocos amigos.

—El doctor Carslake se quedará con los otros dos —dijo Nina entonces.

—¿Qué otros dos?

—La señora Platt está preocupada por sus gatos —contestó ella, sin saber que estaba metiéndose en un buen lío.

—¿Y? —preguntó Rob, levantando una ceja.

—Le he prometido que, si le ocurre algo, yo me quedaré con dos de ellos.

—¿Y? —el tono de Rob era cada vez menos amable.

—He pensado que tú podrías encargarte de los otros dos. La señora Platt se quedaría más tranquila.

—Desde luego que sí —aseguró la mujer.

Rob se mordió la lengua. Pero cuando estuvieran solos, le diría un par de cosas, se prometió a sí mismo.

—No va a pasarte nada, Ethel. Y si te pasara, ¿querrías que tus mininos vivieran en un diminuto apartamento?

Ethel Platt sonrió… por segunda vez. ¡Milagro!

—Quizá para entonces, usted viva en una casa. A lo mejor hasta tiene hijos que podrían jugar con mis gatitos.

—Sí, es posible —murmuró Rob, no muy convencido.

—Lo dejaré escrito en mi testamento. El doctor Carslake y la doctora Lombard se encargarán de mis niños —les dijo Ethel a modo de despedida.

—¡Por encima de mi cadáver! —masculló él cuando salían de la casa.

Nina soltó una risita.

—Sería más bien, por encima del cadáver de Ethel Platt.

—¡Muy graciosa! Casi tanto como el tiempo que llevo buscándote. ¿Cómo se te ocurre hacer las visitas que te da la gana, en lugar de seguir la lista de pacientes que se te ha indicado? Ethel Platt no estaba en esa lista, que yo sepa. ¿Y adónde has ido después de la primera paciente?

Nina lo pensó un momento. No pensaba dejar que le hablase como si fuera una colegiala. Hasta que no la tratase con el debido respeto, no habría .espuestas.

—He estado trabajando.

—¡Ah, muy bien! Y supongo que debería darte las gracias —le espetó él, furioso—.

¿Qué crees que es esto, un campamento de verano para recién graduados? Y encima, hablando por mí, diciendo que me quedaré con no sé cuántos gatos…

—¿Es que no te gustan los gatos?

—Me gustan, sí. Pero prefiero ser yo quien decida si los tengo o no los tengo.

—Ya, bueno. Siento mucho lo de los gatos —replicó Nina, en un tono engañosamente obediente—. Y también siento haber tenido que ir al hotel para atender a un paciente que acababa de sufrir un infarto. Y siento haber venido a ver a Ethel Platt porque la pobre mujer está angustiada. Ha ido a la clínica varias veces para ver si habían llegado los resultados de sus pruebas y he pensado que, viniendo personalmente, la tranquilizaría un poco. Ah, y también lamento mucho que te haya incluido en su testamento.

El rostro de Rob era un poema.

—No sabía que…

—¿Se supone que no debo tener iniciativa? —lo interrumpió ella.

—Por supuesto que sí. Y si me hubierarn dicho que estabas en el hotel, me habría ahorrado andar buscándote por todo el pueblo.

—A lo mejor no te han visto salir.

—Sí, es posible —murmuró él—. Te crees muy lista, ¿no?

—Pues sí —sonrió Nina—. ¿Cómo me has encontrado?

—He visto tu coche en la puerta de Ethel —suspiró Rob—. Perdona que me haya puesto así. La verdad es que he salido de la clínica de mal humor.

—¿Por qué?

—Da igual. Vamos a terminar las visitas. Y Nina…

—¿Sí?

—No lamento haberte contratado. Eres como un soplo de aire fresco.

Ella sonrió, encantada.

—Gracias.

—Todos pensamos lo mismo.

—¿Todos? ¿La doctora Baker también?

—Ah, Bettine. Buen momento para cambiar de conversación.

Estaban en la calle, delante de todo el mundo, pero a Nina le daba igual. Rob acababa de decirle que estaba contento con su trabajo. Más que eso, le gustaba. Seguramente, no tanto como él a ella, pero algo es algo, se dijo. Y como estaba contenta, le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por el voto de confianza, doctor Carslake. Supongo que el soplo de aire fresco al que te refieres es el aire puro de Stepping Dearsley, no el monóxido de carbono de Londres.

—Eso desde luego —sonrió él—. Y una cosa, ¿te importa apartar tu cara de la mía antes de que haga algo de lo que podría arrepentirme?

Al entrar en la clínica oyeron voces y Rob frunció el ceño.

—¿Qué pasa, Vikram?

—No lo sé —contestó el doctor Raju—. Creo que Bettine le ha dicho algo a Gavin y a él no le ha hecho mucha gracia.

—Ya veo.

Parecía decidido a mediar en la discusión, pero si pensaba hablar con los dos se había equivocado porque Bettine salió disparada hacia su coche sin dirigirle la palabra a nadie.

—Gavin dice que no ha sido más que un malentendido —murmuró Rob, después de hablar con su colega.

—Pues a mí no me lo parecía —comentó Nina.

—Ahórrate los sarcasmos, Nina —la regañó él—. La sala de espera está llena de gente y yo tengo algo urgente que hacer. Y después, pienso pasar un fin de semana tranquilo para olvidar esta horrible sensación de estar en la cuerda floja.

Nina lo miró, sorprendida.

—No te entiendo.

—Da igual. Por cierto, ¿cómo se llamaban los gatos?

—Tiddles, Topsy, Toby y Titmarsh.

—¡Qué horror! Creo que vamos a tener que evitar que Ethel la palme.

Rob subía por la colina con un único propósito.

Tenía que llegar a un acuerdo con Bettine. No podían seguir así. Para empezar, no estaba enamorado de ella y además…

Pero lo otro no era más que una locura de verano, un soplo de aire fresco, se dijo.

El comportamiento de Bettine en la clínica era intolerable, pero que además discutiera a voz en grito cori sus colegas…

A Nina le dijo que había sido un malentendido, pero según Gavin fue una bronca en toda regla.

Cuando llegó a la casa, la más grande de Stepping Dearsley, Bettine no estaba allí. Su hermano

Miles se desenganchó de Internet durante un segundo y le dijo que se había ido a montar a caballo.

—¿Tardará mucho?

—Ni idea —contestó el joven, mirando de nuevo la pantalla.

—Muy bien. Esperaré —dijo Rob.

Tenía que hablar con Bettine de una vez por todas. Aquello no podía seguir así. Se sentía atrapado, ahogado.

Pero tardó dos horas en escuchar el sonido de los cascos. Y cuando volvió, no estaba sola. Keith Blackmore, hijo del propietario de la granja más próspera de Stepping Dearsley, iba con ella.

Keith la ayudó a bajar del caballo y cuando estuvo en el suelo la besó en los labios.

El beso no duró mucho, pero lo suficiente como para que Rob pusiera las cosas en perspectiva. Bettine no se había apartado. Y eso significaba algo.

Poco después, su prometida entraba en casa con una sonrisa en los labios. Al ver a Rob, la sonrisa desapareció.

—¿Lo has pasado bien?

—Pues… sí. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un par de horas. Veo que el hijo de Tom Blackmore y tú sois muy amigos.

Ella se encogió de hombros.

—El beso no ha tenido importancia.

—¿Ah, no? Pues será interesante descubrir si la tiene lo que voy a decirte.

—¿Qué quieres decir?

—Se acabó, Bettine —dijo Rob entonces—. Creo que los dos hemos cometido un error.

Ella se dejó caer en un sillón, atónita.

—Si rompemos el compromiso, haré el ridículo delante de todo el mundo. Todos sabrán que me has dejado.

—¿Eso es lo único que te importa? ¿No lamentas que rompamos nuestra relación?

¿Solo piensas en tu orgullo herido? —exclamó él, incrédulo. Bettine no contestó—. Me marcho. Ahora puedes comprometerte con Keith. Su padre morirá pronto de Parkinson y él heredará la granja, así que es mucho mejor partido que yo.

—Rob… —empezó a decir ella.

—No te levantes para decirme adiós. No hace falta.

Cuando recordó la escena horas más tarde, no sintió ningún remordimiento. La relación estaba muerta desde el principio. Estaba

muerta incluso antes de que una cría de ojos verdes apareciese en la clínica.

Si a Bettine le resultaba difícil aceptar que habían roto, ese era su problema. Él se había quitado un peso de encima. Y, durante el resto del día, tuvo que hacer un esfuerzo para no pensar en Nina Lombard.

Capítulo 4

SI SU MENTOR había pensado pasar un fin de semana tranquilo, Nina pronto se percató de que el suyo no iba a serlo. Eloise se puso enferma el viernes por la noche. Los informes del hospital decían que la quimioterapia estaba funcionando, pero su madrastra se encontraba peor que nunca y Nina estaba completamente angustiada.

Podría no ser el cáncer, sino el virus estomacal que afectaba a la mitad del pueblo, pero Eloise vomitaba violentamente y ella había visto pacientes terminales de cáncer con los mismos síntomas.

Su padre no podía hacer nada más que intentar animarla: —Venga, amiga. Tú eres una chica muy fuerte.

«¿Debería llamar a Rob?», se preguntó Nina cuando empezaba a amanecer. «¿Le molestaría que interrumpiese su tranquilo fin de semana?»

No se enfadaría. Al fin y al cabo, era médico. Y si Eloise moría sin que hubiera pedido la opinión de alguien con más experiencia, ella no se lo perdonaría nunca.

Podría llamar a Gavin, o a Vikram, pero… ¿para qué? Quería llamar a Rob. Se sentía segura con él.

—¿Quién es? —escuchó su voz al otro lado del hilo.

—Soy Nina.

—¡Nina! ¿Sabes qué hora es? ¡Son las cinco de la mañana!

—Por favor, escucha. Eloise está muy mal y no sé qué hacer. No sé si el cáncer se ha extendido o es el virus ese que…

—Perdona que haya sido tan grosero —la interrumpió Rob—. Llegaré en diez minutos.

—Gracias —murmuró ella, aliviada.

—Muévete, perezosa. Tengo que levantarme —escuchó Nina que le decía a alguien antes de colgar.

De modo que no estaba solo. Y no había que echarle mucha imaginación para saber quién dormía con él.

Cuando escuchó sus pasos en el porche, Nina tomó la mano de Eloise.

—Ha venido el doctor Carslake a verte.

Su madrastra asintió, demasiado débil como para pronunciar palabra, y ella rezó para que no hubiera metástasis porque si era así…

Rob estaba muy serio cuando terminó de hacerle el reconocimiento.

—Tienes que ir al hospital, Eloise. La quimioterapia ha debilitado tu sistema inmunológico y ahora mismo estás muy frágil.

Por una vez, su padre no dijo ninguna tontería y Nina le pasó un brazo por los hombros mientras esperaban la ambulancia. En aquel momento, no parecía el orgulloso comandante que era, sino un hombre viejo y asustado.

—Yo iré en mi coche —se ofreció Rob cuando llegó la ambulancia.

—¿Estás seguro? No quiero estropearte el fin de semana.

El conductor de la ambulancia estaba esperando con la puerta abierta.

—Sube, Nina. Nos veremos en el hospital.

Era sábado por la tarde y el oncólogo confirmó que el cáncer de Eloise no se había extendido. Era un virus lo que la estaba debilitando.

—Será mejor que permanezca en el hospital hasta que mejore un poco —les dijo el médico—. Tardará algún tiempo en recuperarse y es mejor que lo haga bajo vigilancia. Pero puedo asegurarles que el cáncer está estabilizado.

—Gracias —murmuró Nina.

El hombre vio la angustia que había tanto en su rostro como en el de su padre.

—¿Por qué no se van a dormir un rato? La señora Lombard está descansando.

Nina iba a rehusar, pero Rob la tomó del brazo.

—Vamos, estáis agotados los dos.

—No, yo me quedo —dijo su padre—. Tú ve a dormir un rato, hija.

—De acuerdo —asintió ella, por fin. Como habían ido en la ambulancia, Rob tuvo que llevarla a casa en su coche—. Siento mucho haberte sacado de la cama.

—No importa.

—Espero no haber interrumpido… nada.

—No te preocupes por eso.

Ninguno de los dos había mencionado un nombre, pero ambos sabían que hablaban de Bettine.

—Pero te oí hablar con ella.

Él la miró, sonriendo.

—Ah, ella. Supongo que te refieres a Zacky, mi perra. Es una cócker de color canela. Y

la pesada insiste en dormir conmigo.

—Entonces, ¿no estabas con…?

No tenía derecho a preguntar y lo sabía. Pero no podía evitarlo.

—¿Con Bettine? No.

Y no volvería a estar con ella, pero Nina no sabía que habían roto el compromiso. Poco después, llegaron a casa.

—Gracias por todo.

—De nada. Supongo que volverás al hospital por la tarde.

—Sí, claro. Tendré que hacer turnos con mi padre, no quiero que acabe agotado.

—Yo te llevaré, si quieres —se ofreció él.

Era una oferta tentadora. Su presencia sería una gran ayuda, pero Robert Carslake estaba comprometido y ella empezaba a fantasear demasiado con él.

Apenas se conocían y la intuición le decía que fuera con cuidado. Pero… ¿quería ir con cuidado?

Era joven, impetuosa… y apasionada. Desde luego, para nada el tipo de mujer que se enamora de un hombre imposible. Y, por el momento, no había ninguna señal de que Rob sintiera algo por ella.

—Gracias, pero no hace falta. Iré en mi coche.

Perversamente, después de rehusar hubiera querido que él insistiera. Pero no lo hizo.

—Muy bien. Puedes llamarme cuando quieras.

—De acuerdo.

Cuando salía del coche, Nina deseó ir con él a su apartamento. Necesitaba que la abrazase, no un abrazo apasionado, sino de consuelo.

Nina pasó el fin de semana entre el hospital y su casa. Rob llamó el domingo por la mañana para preguntar por Eloise y cuando le dijo que había dejado de vomitar, le preguntó qué tal estaba ella.

—Mejor.

Pero no era verdad. La enfermedad de su madrastra le producía una angustia terrible y ver a su padre tan asustado… le rompía el corazón.

Nina estaba acostumbrada a resolver problemas, pero se sentía triste y un poco sola.

Ir a Stepping Dearsley y encontrarse con Eloise en aquel estado estaba mostrándole que no era tan dura como había creído. De hecho, le asombraba verse tan vulnerable.

Y no era solo por Eloise.

Era Rob. Nunca se había dejado afectar tanto por un hombre. Y menos por uno que estaba comprometido con otra…

Pero se le pasaría, se dijo. Cuanto más lo conociera, menos le gustaría.

¿Era el destino lo que hacía que tuviera que ver a Nina continuamente?, se preguntaba Rob el sábado por la mañana.

Era su tutor y debían pasar mucho tiempo juntos, pero lo último que había esperado era que ella lo llamase durante el fin de semana.

La Nina segura de sí misma había desaparecido. Estaba asustada y eso lo llenaba de ternura. Su joven colega quería mucho a Eloise y no poder ayudar a la mujer que la había criado le dolía tanto que no podía disimular.

Los sentimientos que aquella joven despertaba en él le decían que debía andar con cuidado.

No era buena idea involucrarse románticamente con una colega, aunque Bettine y él lo habían hecho. Un error, desde luego. Y no pensaba cometer otro.

Pero el maldito destino había querido que en la clínica apareciese una criatura tan guapa e inteligente como Nina Lombard… Quizá debería animarla para que volviese a Londres.

Eloise había vuelto a casa, pero tenía muy mal aspecto. Después de una semana en el hospital, aún no se había recuperado del todo.

—¿Por qué no os vais de vacaciones? —sugirió Nina—. Un poco de sol te iría de maravilla. Si pudierais encontrar un hotel en un sitio bonito y soleado…

—Me gustaría mucho —murmuró Eloise—. Pero, ¿y tú? ¿No te sentirás sola aquí? Sé que echas de menos tu vida en Londres.

Ella sonrió.

—No te preocupes por mí. Lo importante eres tú. He estado tan preocupada…

—Lo sé, cariño. Me lo dijo Rob Carslake.

—¿Cuándo? —preguntó Nina, sorprendida.

Rob no le había dicho que hubiera ido a visitar a su madrastra.

—Fue a verme un par de veces. ¿No te lo ha dicho?

Quizá no había querido ir con ella. Desde luego, durante aquella semana había estado más frío que nunca. Y eso le dolía mucho.

Peter y Eloise hicieron lo que Nina había sugerido. Reservar habitación en un hotel en la costa de Fylde, la más cálida de Inglaterra, durante dos semanas.

De modo que Nina se quedó sola.

Durante el día estaba muy ocupada, pero por las noches no tenía nada que hacer y acababa yendo al café para charlar con alguien.

Aquella noche pasó por delante de la galería de Sara Forrester, sabiendo que ya había vuelto del hospital. Y cerca de la casa de Ethel Platt, que estaba contenta porque no tenía nada malo, solo una ligera infección que se curaría con antibióticos.

A pesar de ello, había incluido una nueva cláusula en su testamento dejando la custodia de sus gatos al doctor Carslake y la doctora Lombard. Por si acaso.

Gavin la esperaba en el café con una botella de vino y una sonrisa. Aunque a Nina no le interesaba como hombre, debía reconocer que era agradable estar con él.

—¿Qué tal la consulta de obstetricia? —le preguntó el viernes por la noche.

—Bastante bien.

Bettine y la comadrona eran expertas y Nina había aprendido mucho sobre ecografías, exámenes post—parto, control de la glucosa y demás.

La comadrona había recibido a Nina con una sonrisa y Bettine la saludó amistosamente, pero la temperatura de la consulta descendió varios grados cuando Rob entró para ver cómo iba todo.

—¿Qué tal, Nina?

—Bien, gracias —contestó ella.

Ojalá fuera verdad.

Nada iba bien. Tenía la impresión de que Rob se había enfriado. Más aún, de que no quería verla. Y no sabía por qué. Pero se portaba de una forma tan fría que Nina no tuvo más remedio que hacer lo mismo.

Lo extraño era que también se portaba de forma fría con Bettine.

No había muestras de afecto, ni invitaciones a comer, nada. Que el anillo de compromiso hubiera desaparecido del dedo de la doctora Baker debería haberle dado una pista, pero no se le ocurrió fijarse en eso.

Había diez futuras mamás en la sala de espera. No era un mal número para un pueblo tan pequeño como Stepping Dearsley. Quizá en los pueblos pequeños tenían más tiempo para… las actividades que provocan un embarazo.

Había notado que en Stepping Dearsley había muchos niños pelirrojos. Todos eran de familias diferentes y Nina se preguntó si alguna de aquellas futuras mamás tendría un niño con el pelo de ese color.

Quizá uno de los padres se dedicaba a… hacer patria. O quizá era algo de la tierra, pensó, intentando animarse un poco.

—Dos de las pacientes son nuevas —le explicó Bettine—. Yo atenderé a Rose Bingham y tú puedes atender a May Taylor.

Era el segundo hijo para la joven que trataba Nina y la pobre parecía un poco angustiada.

—La primera vez tuve un parto muy malo y al final tuvieron que hacerme cesárea.

¿Cree que volverá a pasar lo mismo?

—No podemos saber eso hasta que le haga un reconocimiento completo. Si tiene una pelvis muy pequeña, es posible que la cesárea sea recomendable.

—No quiero tener más niños después de este, así que tenerlo por cesárea no me importa demasiado —suspiró May.

Después de hacer el historial médico, Nina le pidió que se desnudase. Unos minutos más tarde, le hacía una ecografía y una medición de pelvis.

—Es pequeña. Seguramente, ese fue el problema la primera vez. Pero lo iremos viendo a lo largo del embarazo, no se preocupe.

Bettine estaba esperando, ya que había terminado con su paciente antes que ella.

—¿Tienes experiencia en obstetricia?

—Sí —contestó Nina.

Pero si había esperado que Bettine le diera un golpecito en la espalda, estaba muy equivocada.

En cuanto al resto de las futuras mamás, solo tuvieron que hacer

algún análisis de sangre y comprobaciones de peso y glucosa. Para las que tenían dificultades para respirar a causa de la presión del feto sobre el diafragma, ambas recomendaron descansar todo lo posible.

—¿Qué tal va todo, Nina? —le preguntó la comadrona.

—Bien… creo —contestó ella—. Aunque la doctora Baker puede pensar de otra forma.

—Si fuera así, te lo habría dicho, no tengas duda.

Bettine no es de las que se guardan una crítica. Nina asintió. Todo el mundo lo sabía, pero Rob no parecía darle importancia. Quizá estaba tan enamorado de ella que no se daba cuenta.

Cuando salió de la consulta, no lo vio por ninguna parte. A quien sí vio fue a Gavin.

—¿Te apetece jugar al golf?

—Estoy cansada, pero gracias. ¿Dónde está Rob?

—Ha salido para una visita urgente.

—¿Dónde?

—Ni idea. Pregúntale a alguna de las secretarias.

Lo había dicho con cierta irritación y Nina se preguntó si le molestaría su interés por el doctor Carslake. Pero Gavin seguía tonteando con ella en el café.

Y aquella noche no era diferente.

—Mañana es sábado. ¿Te apetece ir a cenar a algún sitio?

Nina negó con la cabeza. No quería estar a solas con él. Sabía instintivamente que no era buena idea. Pero entonces se le ocurrió una cosa.

—¿Por qué no hago una fiesta? —sugirió impulsivamente—. Tengo la casa para mí sola. Tú conoces a más gente que yo, así que podrías hacer correr la voz.

—¿Estamos hablando de los colegas de la clínica?

Apartando de sus pensamientos unos ojos de color nuez y una boca que, por el momento era territorio desconocido, ella negó con la cabeza.

—Ya nos vemos todos los días. Me refiero a otra gente, gente de aquí.

Si Rob iba a su fiesta, también iría Bettine y verlos juntos fuera de la clínica no le hacía ninguna gracia.

Cuando la gente empezó a llegar a su casa el sábado por la

noche, Nina se puso nerviosa.

No se le había ocurrido pensar que hubiera tanta gente joven en Stepping Dearsley. Y

cuando el inmaculado salón de Eloise se vio inundado de gente, lamentó haberle dado carta blanca a Gavin.

Había preparado un montón de sándwiches y tenía refrescos y alcohol para todo el mundo, pero cada vez había más gente y empezaba a pensar que alguien iba a tener que hacer el milagro de los panes y los peces.

Afortunadamente, era una noche muy agradable y muchos de los invitados salieron al jardín, donde Nina había instalado un altavoz.

—He hecho lo que me pediste —dijo Gavin.

—Yo no te pedí que invitaras a todo el condado de Cheshire. No tengo suficiente comida, ni refrescos…

—No pasa nada —la interrumpió él—. Si nos quedamos sin ellos, iré a comprar más al supermercado.

La tranquilidad de Gavin hizo que Nina se relajara un poco, y pudiera hacer su papel de anfitriona. O, al menos, lucir el vestido de seda negra que se pegaba a cada una de sus curvas como una segunda piel.

Sin embargo, los invitados no dejaban de llegar y el ambiente festivo empezó a dar paso a alguna que otra bronca, provocada por el alcohol.

El jarrón favorito de Eloise estaba hecho trizas y la pulida barandilla de madera se había astillado por algún golpe.

Nina estaba empezando a angustiarse de verdad. A Eloise no le importaría demasiado lo del jarrón porque era un alma generosa, pero cuando su padre viera la barandilla…

—¡Se acabó! ¡La fiesta se ha terminado!

—Pero si solo son las doce —protestó Gavin.

—Me da igual. Tus amigos me están destrozando la casa.

—No son mis amigos, son… gente. Tú me pediste gente, ¿no?

—¿No los conoces?

—Pues… no. Puse un cartel en el café, diciendo que podían acudir a la fiesta y…

—¿Qué?

—Tú dijiste que querías gente, Nina.

—¡Pero no la mitad del globo! Y les guste o no, la fiesta ha

terminado. Tú has montado todo esto y tú vas a decírselo.

Pero o no podían oírlo con la música o decidieron ignorarlo, porque nadie se movió.

Nina empezaba a estar desesperada. Alguien había tirado vino en la alfombra y el suelo de la cocina era un charco.

¿Cómo se le podía haber ocurrido encargarle a Gavin que buscara invitados para la fiesta?

Su frívolo colega había abandonado la idea de echar a la gente y estaba bailando con una morena, tan tranquilo.

Nina se rindió. La fiesta duraría hasta que aquellos vándalos quisieran marcharse. Pero los destrozos no habían terminado. Para entonces, varias parejas empezaban a subir al segundo piso, con una intención clarísima.

En ese momento, un chico con la oreja llena de pendientes le pasó un brazo por los hombros.

—Tengo que hablar con usted, doctora Lombard. Me duele aquí y…

—¿Ah, sí? Pues lo mejor es que vayas al hospital.

El chico empezó a empujarla hacia los arbustos del jardín.

—¿Por qué no me examinas tú, guapa?

Era sábado por la noche y a Rob le resultaba raro estar sin Bettine. Pero se sentía libre.

Y feliz.

Por el momento, no le había contado a nadie que su compromiso con ella se había roto.

Y, aparentemente, Bettine tampoco lo había hecho.

Mientras tomaba la correa de Zacky para sacarla a dar un paseo, tuvo que sonreír. Era increíble que su vida hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo.

Y lo más curioso de todo era que sus pasos lo llevaran a casa de los Lombard.

Pero si su subconsciente no lo hubiera llevado allí, lo habría hecho el ruido de la música.

¡Una fiesta! Y Nina no lo había invitado…

Podría usar una excusa para entrar… como que hacían demasiado ruido o algo así. Pero entonces parecería un viejo gruñón.

Por las voces, debía de haber más de sesenta personas en la casa.

Aparentemente, Nina había decidido montar una fiesta como las de la universidad.

Pero si tanto echaba de menos la ciudad, ¿por qué no se había ido a Londres a pasar el fin de semana?

El ruido era tan ensordecedor que Rob empezó a enfadarse. ¡Aquella loca pensaba convertir el tranquilo pueblo de Stepping Dearsley en una discoteca!

En ese momento, la vio. Un tipo con mala pinta estaba tirando de ella hacia los arbustos.

Y estaba claro que Nina no quería ir con él.

Rob corrió en su auxilio, pero cuando llegó, el joven de la pinta rara estaba lanzando gritos de dolor y ella salía de entre los arbustos con el pelo alborotado y un rasguño en la mejilla.

Al verlo, Nina se echó en sus brazos, llorando. Él la consoló, pero estaba enfadado por su imprudente comportamiento.

Que otro hombre la tocara… que un hombre quisiera forzar a una chica… era algo que le revolvía el estómago.

Rob la soltó, decidido a enfrentarse con el bárbaro, pero en ese momento el joven salía de entre los arbustos, cojeando y con una expresión tan dolorida que casi le dio pena.

—¿Te ha hecho daño?

Nina sonrió, secándose las lágrimas.

—Yo le he hecho más daño a él.

—¡Pero podría haber sido algo serio! —exclamó Rob, observando al canalla alejarse hacia su coche—. Es una locura invitar a tanta gente a una fiesta. Tú no conoces a nadie por aquí.

—Es que le pedí a Gavin que invitara gente… —protestó ella, como una niña.

—¿Dónde está?

—Por ahí.

Se había alegrado mucho de ver a Rob. Pero, aparentemente, el sentimiento no era mutuo.

—Voy a librarme de toda esta gentuza.

—Sí, por favor.

En realidad, la culpa no era de Gavin, sino suya. Debería haber puesto un límite a la invitación.

—No te muevas de aquí —le ordenó él—. Y el lunes tendré que darle una charla a Shawcross.

—¿Y a mí vas a dármela esta noche? —preguntó Nina, intentando sonreír.

—Desde luego que sí. Organizar una fiesta salvaje como esta… y ponerte en peligro. Te has portado como una niña y alguien tiene que echarte la bronca.

—¿Y vas a echármela tú?

—Si no hay nadie más, tendré que hacerlo.

Capítulo 5

POR FIN llegó la paz. Los invasores habían desaparecido, algunos de mala gana, otros tan borrachos que apenas podían sostenerse. Pero el asunto era que habían desaparecido.

Cuando Nina miró alrededor, tuvo que ahogar un gemido. Había latas de refresco, colillas y trozos de sándwich por todas partes. El jardín, la cocina y el salón parecían un campo de batalla. Afortunadamente, sus padres no volverían hasta el fin de semana siguiente, pensó.

Los invitados, que no hicieron caso ni de Gavin ni de ella, habían tenido que retroceder ante la presencia del doctor Carslake y su voz de trueno.

Gavin se marchaba con uno de los grupos, pero Rob lo detuvo.

—¿Adónde vas? Tienes que ayudar a Nina a limpiar esto —le espetó. Cuando su joven colega abrió la boca para protestar, él le hizo un gesto con la mano—. Ahórrate saliva. No sé qué has tenido que ver en esto, pero esos vándalos no eran amigos de Nina. Eran amigos tuyos, ¿no?

—Algunos —contestó Gavin—. Pero ella me dijo que quería gente y no me puso límite.

—Vaya dos irresponsables —murmuró Rob, irritado—. Lo que no entiendo es por qué no ha venido la policía. Bueno, da igual, ponte a limpiar, amigo.

—Pero no puedo… estoy muerto de sueño.

—¡Ja! No dirías eso si siguiera la fiesta. Hay un mandil en la cocina y sugiero que te lo pongas.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras tanto?

—Voy a buscar a Nina.

La encontró mirando la barandilla con expresión horrorizada.

—¿Qué es eso? —preguntó, al verlo con un tubo de pomada en la mano.

—Antiséptico.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En uno de los baños. Espero que no te importe que haya ido a investigar.

—¿Importarme? Me han roto dos jarrones…

—Ya, ya. Pues la culpa es tuya. Siéntate, voy a limpiarte ese corte.

Nina se tocó la mejilla.

—Mi padre se va a poner furioso cuando vea la escalera —murmuró, preocupada.

—No te lo mereces, pero le pediré a los pintores de la clínica que vengan a echar un vistazo.

—Gracias. Sé que no me lo merezco, pero gracias —sonrió ella, poniendo cara de niña buena. Que no lo era.

—No lo hago por ti. Lo hago por tus padres. Y ahora, cierra la boca.

Sus dedos eran más suaves que sus palabras. Y mientras le limpiaba la herida, Nina respiraba el olor de su colonia.

Hubiera deseado acariciar su cara, sus labios…

—¡Estate quieta, Nina!

—¿Cómo?

—Deja de pensar lo que estás pensando.

—¿Y qué estoy pensando? —preguntó ella, atónita.

—Que puedes tener lo que quieras cuando quieras.

Nina lo miró como si acabara de darle una bofetada. De modo que eso era lo que pensaba. Que era una niña mimada y egoísta. ¿No se daba cuenta de que estaba enamorada de él?

Cuando miró los preciosos ojos verdes, Rob no pudo evitar una sonrisa. Nina era víctima de su propia fogosidad, algo de lo que se daría cuenta cuando empezara a limpiar aquel desastre.

Pero debía reconocer que no estaba enfadado porque hubiese organizado una fiesta escandalosa sino por aquella panda de borrachos… Además, había invitado a Gavin y a él no.

Él solo servía para arreglar los platos rotos.

Lo que no entendía era por qué le había dicho la última frase. Su mente era un caos.

Sobre todo, cuando estaba tan cerca de ella.

Nina seguía mirándolo con expresión dolida. Después de limpiar la herida del todo, Rob la tomó de la mano para ayudarla a levantarse.

Cuando se tocaron, una sensación extraña los recorrió a los dos. La única vez que habían tenido contacto físico fue cuando ella le dio un beso en la cara…

Pero cuando Nina estuvo frente a él, el resto del mundo dejó de existir. ¿Era eso lo que echaba de menos? ¿Eso lo que le hacía sentir

que le faltaba algo en la vida?

Sin poder evitarlo, Rob inclinó la cabeza para buscar sus labios y la encontró dispuesta.

Más que dispuesta.

De modo que así estaban las cosas, pensaba Gavin, mirando la escena desde el pasillo.

Él, a lavar platos. Él, que tenía lavavajillas en casa para no estropearse las manos. Por eso había salido de la cocina, para protestar.

Pero aquella visión lo había dejado inmovilizado.

Por eso no hacía progresos con Nina, pensó, irónico, mientras salía de la casa. Su colega pensaba en otro.

Completamente perdidos en el beso, ellos no oyeron nada.

Aunque el cerebro de Rob empezaba a funcionar de nuevo. Y le decía que Nina Lombard no era la única que estaba portándose como una niña aquella noche.

¿Qué estaba haciendo? Él no creía en las relaciones de pareja entre compañeros y, sin embargo, allí estaba, besando a la más joven de sus colegas como si le fuera la vida en ello.

Haciendo un esfuerzo, Rob se apartó.

—Perdona, Nina. No sé qué me ha pasado.

—Yo tampoco. Por un momento, me he olvidado de Bettine.

No era el momento, pero sabía que no podía esconderlo por más tiempo.

—Bettine y yo no estamos juntos. He roto con ella.

—Entonces, ¿por qué no quieres…?

—Porque he tenido una relación desastrosa con una colega y no quiero tener otra.

—¿Crees que te iría tan mal conmigo como con Bettine?

—Lo que quiero decir es que no deseo tener otra relación con una colega.

—Ya veo —murmuró Nina, dándose la vuelta.

—¿Adónde vas?

—A dormir.

—¿No piensas cerrar la puerta? —preguntó Rob. Ella se encogió de hombros—. Tienes que cerrar. ¿Y si el predador de antes vuelve por aquí?

Nina se volvió y lo miró de arriba abajo.

—Al menos, tendré claro qué es lo que quiere.

—No seas tonta…

Pero ella desapareció por la escalera y Rob fue a buscar a Zacky, que lo esperaba pacientemente en el jardín.

—Me han dicho que necesita reparar una barandilla en su casa. Con las fiestas, ya se sabe —le dijo el pintor el lunes por la mañana —. Si me deja la llave, iré a echar un vistazo.

Nina suspiró y Bárbara, una de las recepcionistas, contuvo una risita.

—En las fiestas siempre se rompe algo.

De modo que todo el mundo en la clínica sabía lo de la fiesta. Esperaba que, al menos, Rob no les hubiera contado lo del beso que él mismo había interrumpido.

Por supuesto que no lo había contado. Rob no era así.

Cuando fue a preguntarle si tenía alguna instrucción que darle antes de empezar la consulta, él negó con la cabeza. Pero Nina no pensaba marcharse sin decirle lo que pensaba.

—Gracias por contarle a todo el mundo lo de la fiesta.

—¿Qué?

—Parece que se ha enterado todo Stepping Dearsley.

—¿Ah, sí? Pues yo no se lo contado a nadie. ¿Olvidas que había otro colega en tu fiestecita?

Gavin, por supuesto. Tenía que haber sido él.

—Perdona…

—La sala de espera está llena de gente —la interrumpió Rob.

—Es verdad —murmuró Nina, cortada.

Su primer paciente era un chico español. Estaba casado con una joven de Stepping Dearsley, pero echaba tanto de menos su país que no podía comer ni dormir.

Alto, delgado y muy guapo, el hombre buscaba una solución.

—No sé qué hacer. Me siento perdido.

—Si tan mal lo pasa, ¿por qué no convence a su mujer para irse a España? Quizá sea lo mejor.

El hombre saltó de la camilla y se pasó una mano por el pelo.

—¡No! A mi mujer no le gusta España.

Era un choque de culturas y el orgulloso español no podía soportarlo. De hecho, si no empezaba a acostumbrarse, acabaría seriamente enfermo.

—Voy a recetarle un antidepresivo. Vuelva a verme dentro de una semana si no se encuentra mejor. ¿De acuerdo? Y si es así, le sugiero que traiga a su mujer.

El hombre salió de la consulta con expresión triste.

Le gustaría conocer a la chica que había sacado al español de su tierra, pensó Nina. Su esposa inglesa debía de tener grandes dotes de persuasión, pero si él no se acostumbraba a Stepping Dearsley…

Detrás del español, entró un niño de diez años con una sonrisa preciosa. Aparentemente, al pequeño Jonathan le había picado una avispa.

Tenía el cuello hinchado y, aunque el niño parecía tranquilo, su madre estaba preocupada.

Cuando la mujer le aseguró que no era alérgico al veneno de las avispas, Nina le recetó un antihistamínico. Simple y rápido. Si todos los pacientes fueran así…

—¿Es usted la doctora nueva? —le preguntó un señor mayor, que entraba en la consulta con muletas—. Pues parece demasiado joven.

—Soy mayor de lo que cree.

—¿Ah, sí? —suspiró el hombre, dejándose caer en la silla—. ¿Y usted cree que eso me tranquiliza?

—No puedo garantizárselo —sonrió Nina—. Pero haré lo que pueda. Y si no, el doctor Carslake está aquí al lado.

—Estaba, querrá decir. La secretaria me ha dicho que ha tenido que salir para atender una llamada urgente.

—Ah, bueno. ¿Qué puedo hacer por usted?

De modo que Rob había salido a hacer las visitas sin contar con ella… Debía de estar más enfadado de lo que pensaba.

Había creído estar en el Cielo cuando él la tomó en sus brazos, pero duró poco. Muy poco.

La habían besado muchas veces, pero Rob la besaba… no sabía cómo describirlo. Pero después de besarla la había soltado como si se arrepintiera. Saber que Rob había roto su compromiso con

Bettine debería hacerla feliz, pero estaba claro que no quería mantener una relación con ella.

—¿Va a estar en las nubes todo el día?

—Ah, perdone. ¿Cuál es su problema, señor Wood?

—Que cuando toso me sale sangre.

Nina dejó de soñar y se concentró en su trabajo.

—Las expectoraciones sangrientas pueden ser debidas a muchas causas, así que tendremos que hacer análisis. Por el momento, me gustaría que se desabrochase la camisa.

Cuando terminó de auscultarlo, el hombre la miró con sus pálidos ojos azules.

—¿Qué me pasa? ¿Tengo tuberculosis?

—Tiene el pecho muy congestionado —contestó ella—. Habrá que hacer varios análisis. Dele este papel a la recepcionista, señor Wood.

—¿Y cuándo estarán los resultados?

—Dentro de siete u ocho días. Lo llamaremos por teléfono en cuanto estén. Pero no se preocupe. Sea lo que sea, lo atajaremos.

—¿Cómo, matándome? —bromeó el hombre.

Dos cosas estaban claras; la primera, que Gavin intentaba evitarla y la segunda, que Bettine no había aparecido aquel día por la clínica.

La primera era soportable. La segunda no era asunto suyo. ¿O sí?

—Gracias por contarle a todo el mundo lo de la fiesta —le dijo a su colega en cuanto lo vio por el pasillo—. Especialmente, cuando la culpa fue tuya.

—Deberías darme las gracias por no contar todo lo que pasó —replicó Gavin, con expresión furiosa.

—¿Qué quieres decir?

—Que Rob y tú teníais una fiesta privada cuando me fui.

Nina se quedó boquiabierta.

—Lo que viste fue… nada. Yo había bebido un poco y…

—No es eso lo que yo vi.

—Porque no te quedaste —suspiró Nina.

—¿Entonces, Rob y tú…?

—Nada. Ya sabes, fiebre del sábado noche.

Pero solo ella sabía lo triste que se sintió por la mañana, después de limpiar toda la casa e intentar arreglar el asunto de los jarrones con pegamento.

Con Bettine desaparecida y Rob atendiendo una urgencia, Nina fue a ver al doctor Raju para preguntar si debía empezar con la lista de visitas.

—No hace falta. Como la doctora Baker no puede venir hoy, es mejor que te quedes en la consulta de obstetricia.

—¿Yo sola?

—Con la ayuda de una comadrona. ¿Te da miedo?

—Pues… no. Creo que no.

—Así adquieres experiencia —sonrió el hombre.

Eso era cierto. Pero Nina sentía curiosidad.

—¿La doctora Baker está de vacaciones?

—Me temo que no se encuentra bien. Su hermano llamó hace un rato para decir que ha sufrido algún tipo de problema gástrico. Naturalmente, el doctor Carslake fue enseguida a visitarla.

—Claro —murmuró ella.

De modo que la visita urgente era Bettine. Había corriendo, de modo que quizá todavía había brasas…

—¿Dónde vive Bettine?

—En el camino de la colina —contestó el doctor Raju—. Su familia ha vivido allí durante generaciones, pero ahora solo quedan la doctora Baker y su hermano pequeño.

Después de hablar con Nina, Rob se había quedado mirando al techo. Ella creía que se había ido de la lengua. Lo último que se le habría ocurrido hacer.

Para empezar, no quería que nadie supiera que había estado en casa de los Lombard y, además, ese no era su estilo. Obviamente, había sido Gavin, pero Nina pensó inmediatamente en él. ¿Por qué?

Sabía que estaba dolida por lo que pasó en su casa el sábado por la noche, pero debía darse cuenta de que apenas se conocían y, además, él era su tutor y su jefe.

Aunque Nina Lombard no tenía jefes.

Cuando iba a atender a su primer paciente del día, Miles Baker lo llamó para decir que Bettine se encontraba mal.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene eso de las mujeres cuando se quedan embarazadas —contestó el chico.

Rob había estado a punto de caerse de la silla.

—Voy para allá enseguida.

Debería haber sabido que sus problemas no habían terminado. Todo lo contrario, acababan de empezar.

La semana anterior, la consulta de obstetricia había ido como la

seda, pero no aquel día.

La comadrona que la asistía era más joven que Nina y tenía menos experiencia.

Rob había vuelto de casa de Bettine con una expresión indescifrable y después de hablar con el doctor Raju, subió a su apartamento.

Ni siquiera la miró cuando se encontraron por el pasillo. Nina estaba tan enfadada que casi subió tras él para decirle que si era así como se portaba con las mujeres después de besarlas, no quería saber nada de él.

Pero tenía la sensación de que eso no iba a ser necesario.

Cuando volvió a la consulta, una joven embarazada apareció con síntomas problemáticos: dolor de cabeza, sed excesiva y un exagerado cansancio.

La paciente debía hacerse un análisis de diabetes la semana siguiente, pero quizá deberían acelerarlo.

—Voy a darle cita,en el hospital.

—¿Por qué? —preguntó ella, asustada.

—Quiero que le hagan la prueba de la diabetes antes de lo previsto. Por si acaso.

—¿Quiere decir que tengo diabetes?

—Tenemos que hacer las pruebas. Puede que sea una simple falta de azúcar. No se preocupe, esto pasa a menudo en las embarazadas. El feto se lleva todo el azúcar y de ahí el cansancio.

—¿Y qué me harán en el hospital?

—Nada malo —sonrió Nina—. Pruebas, nada más. Si todo va bien, vuelva a la consulta la semana que viene. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La comadrona se acercó entonces.

—Le he tomado la tensión a todas las pacientes y dos de ellas la tienen más alta que hace dos semanas. ¿Quiere que las vaya pasando?

Nina asintió.

«Bettine, vuelve, por favor», pensó para sí misma cuando otra de las embarazadas entró en el baño a vomitar. Qué día.

Cuando terminó con todas las pacientes, Nina sintió que aquella tarde se había ganado el sueldo.

Rob había bajado de su apartamento cuando ella salió a

recepción para darle los informes a Bárbara. Tenía mejor cara que unas horas antes, pero seguía estando muy serio. Le preguntó qué tal la consulta de obstetricia y cuando Nina le contó los problemas de tensión, bajo niveles de glucosa y vómitos, Rob asintió con la cabeza.

—Gavin hará el resto de las consultas. Puedes irte a casa, si quieres. Por cierto, el pintor te ha arreglado la barandilla.

—Gracias —sonrió ella—. Si mi padre llega a verla como estaba me habría fusilado.

Tendré que confesárselo a Eloise, pero ella es más tolerante.

—Ya —murmuró él, sin mirarla.

En ese momento, estaban solos en el pasillo y Nina quiso saciar su curiosidad.

—¿Cómo está Bettine? Espero que no sea nada serio.

—Depende de cómo se mire. Está embarazada.

Nina lo miró, incrédula.

—¿Qué?

—Mira, déjalo. No me apetece nada hablar del asunto.

Rob entró en su consulta y Nina se dio la vuelta, conmocionada.

Capítulo 6

EL CURSO de entrenamiento que habían acordado con el departamento de posgraduados de la universidad de Londres estaba previsto para empezar al día siguiente y Nina se sintió aliviada.

Necesitaba tiempo para pensar. Si las cosas habían ido un poco rápido entre Rob y ella, todo se había detenido abruptamente tras la noticia del embarazo de Bettine.

¿Se casaría con ella?, se preguntaba mientras conducía. Aunque una cosa no llevaba necesariamente a la otra. Solía ser así, o más bien al revés, pero el mundo había cambiado mucho. Aunque a ella le gustaría que fuera de la forma tradicional.

Pensaba que Rob era como ella, aunque, aparentemente se había equivocado. Pero Bettine y él eran médicos. Si alguien sabía sobre métodos anticonceptivos, eran precisamente ellos. ¿Cómo podía haberse quedado embarazada?

Tan conmocionada estaba por la noticia que el arreglo de la barandilla prácticamente le había pasado desapercibido. Cuando llegó a casa por la noche, Nina subió la escalera corriendo y se tiró en la cama.

El único momento bueno del día fue la llamada de Eloise para decir que se encontraba mucho mejor.

Nina le habló de los jarrones rotos y, como siempre, su madrastra se quedó tan tranquila.

—No te preocupes, cielo. Me alegro de que no hayas estado sola. Tal y como estoy, lo último que me preocupa son unos jarrones que no valen para nada.

Nina hubiera querido contarle lo que le pasaba, pero lo último que Eloise necesitaba en ese momento era que le contasen tontos problemas. Y lo suyo con Rob era un problema tonto.

Porque no había nada entre ellos.

Cuando estaba llegando a Londres, el ruido del tráfico le pareció estruendoso. Nunca le había molestado, pero seguramente se estaba acostumbrando a la tranquilidad de Stepping Dearsley.

¿Era por eso por lo que no le producía placer volver a Londres, una ciudad que siempre le había gustado tanto?

Pronto se le pasaría, se dijo. Cuanto antes saliera de aquel pueblo, mejor.

Pero Eloise era lo primero. Nina se trasladaría a una isla desierta

si tratasen allí a su madrastra. Y no pensaba dejarla sola por nada del mundo.

Los alumnos del curso eran de su edad y Nina se sorprendió al saber que todos ellos se sentían aliviados al poder escapar por unas horas de las clínicas en las que trabajaban.

Pero no por la misma razón que ella. A Nina le gustaba su trabajo en Stepping Dearsley; el problema era que estaba fascinada por un hombre que no le hacía ni caso. Un hombre que estaba a punto de ser padre. Un anillo en el dedo era una cosa, pero un feto en el útero, otra muy diferente. No se acercaría a Rob de nuevo ni muerta.

Mientras buscaba un pupitre, pensó, irónica, que quizá pronto Bettine sería una de sus pacientes en la consulta de los lunes.

Imposible. Bettine Baker sabía lo suficiente como para tratarse a sí misma. Aunque, por lo visto, de anticonceptivos no sabía mucho. Amenos que se hubiera quedado embarazada a propósito… No, eso no podía ser. La doctora Baker era una mujer moderna y segura de sí misma. Un poco insoportable, pero no le haría esa jugarreta a nadie.

Durante el resto del día, Nina escuchó y tomó notas, intentando olvidar sus problemas.

Cuando, al, final de las clases, un grupo de compañeros la invitó a tomar un refresco, aceptó sin dudar.

Ella había sido siempre el alma de las fiestas. Sus compañeros se despidieron de ella hasta la semana siguiente y Nina condujo su Mini de vuelta a Stepping Dearsley.

Cuando llegó a su casa era media noche y, envuelta en la oscuridad, de repente sus ojos se llenaron de lágrimas.

Podía ser el alma de la fiesta en un bar, pero no era allí donde estaba su corazón, roto.

Cuando iba a entrar, escuchó la voz de Rob y se volvió, sobresaltada.

Estaba sentado en un banco de madera, en el jardín.

—Este banco no es precisamente muy cómodo. Estaba empezando a pensar que, si no volvías pronto, me iban a salir cardenales en el trasero.

—¿Qué haces aquí a estas horas? No estarás vigilándome, ¿no?

—Pasaba por aquí con Zacky y como vi las luces apagadas, me

imaginé que te habrías dejado arrastrar por las tentaciones de la gran ciudad. ¿Me equivoco?

—No. Pero la tentación era un bar mugriento.

Estaba acostumbrándose a la oscuridad y podía ver el rostro de Rob con cierta claridad.

La perrita estaba tumbada a su lado.

—¿No lo has pasado bien?

—La verdad es que echaba de menos este sitio. Rob soltó una carcajada.

—Qué sorpresa. No habría podido imaginar que te acostumbrases tan pronto a un «dispensario de pueblo».

«Eso era antes de conocerte», le habría gustado gritar. Pero no iba á hacerlo.

—Es posible. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar con Bettine?

—No.

—¿No? Pues tienes unos valores morales muy raros. Puede que hayáis roto el compromiso, pero no hay un compromiso más grande que un hijo.

—El compromiso está roto, Nina. Ya te lo dije.

—Pero si está embarazada…

—¿Me dejas hablar? La dejé antes de saberlo.

—¿Y qué? —murmuró ella, atónita.

—Cuando le dije que lo nuestro se había terminado, a Bettine solo le importaba lo que dirían los demás. En otras palabras, solo le importaba su orgullo.

—Especialmente, estando embarazada —replicó Nina—. ¿Y qué piensas hacer?

—Nada.

—Pero tienes que hacer frente a tus responsabilidades.

Nina no podía creer lo que estaba oyendo.

—La razón por la que no voy a hacer nada es porque no tengo nada que ver —dijo Rob entonces—. Yo no soy el padre.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Tú qué crees? Porque nunca me acosté con ella. Si te parece raro, lo siento. Supongo que a mi ex prometida también le parecía raro. Por eso decidió acostarse con otro.

Nina no daba crédito.

—¿Que no te acostabas con ella?
—No.
—¿Y quién es el padre?
—¿Recuerdas a Tom Blackmore, el enfermo de Parkinson?
—Sí, claro.
—Pues Bettine se acostaba con su hijo.
—¿Por qué me cuentas todo eso? —preguntó ella. La esperanza empezaba a instalarse en su corazón, pero intentaba evitarlo.
—Quería que supieras cuál es la situación. Bettine me ha estado engañando, pero mi orgullo puede soportarlo —contestó Rob, aparentemente tranquilo—. He venido para decirte que no te hagas ilusiones por lo que pasó el sábado. No fue nada. He tenido una relación con una colega de la clínica y no estoy dispuesto a tener otra.
—Y, como yo te dije en esa ocasión, yo no soy simplemente «otra colega». Tengo nombre y apellido, Rob.
—No quería insultarte.
—¿No? Pues quién lo diría —replicó ella, sarcástica—. Pero no te preocupes. En cuanto Eloise se encuentre recuperada del todo, volveré a Londres. Y, mientras tanto, no seas tan rápido en tus diagnósticos. Yo no estoy enamorada de ti, querido. Puedes dormir tranquilo.
Después de eso, hubo un largo silencio y Nina tuvo que morderse los labios. Era mentira, estaba enamorada. Pero no podía permitir que fuera tan engreído.
—Muy bien. Quizá ahora podamos tener la relación que deben tener un tutor y su discípulo.
—Seguro que sí —prometió ella, conteniendo las lágrimas.
Para evitar el ridículo, Nina abrió la puerta y entró como una tromba en su casa.
Las semanas después de aquella revelación pasaron sin pena ni gloria. Excepto por una cosa. Bettine Baker cambió su apellido por el de Blackmore al casarse con el padre de su hijo.
Nina oyó a una de las recepcionistas decir que, si no hubiera sido por la casa de la colina, Keith Blackmore no habría estado tan dispuesto, y eso le hizo pensar que quizá Bettine y él estaban hechos ei uno para el otro.
La doctora Baker seguía trabajando en la clínica y, aunque todos

pensaron que el ambiente se cortaría con un cuchillo, Rob y ella se trataban de una forma tan fríamente cortés que nadie prestaba atención.

Cuáles eran los verdaderos sentimientos de Rob, solo lo sabía él. Pero todo el mundo se dio cuenta de que cada vez parecía más concentrado en su trabajo.

Nina estaba triste, pero solo se dio cuenta Eloise.

Al volver de la costa, su madrastra tenía mucho mejor aspecto. Estaba morena y su pelo había empezado a crecer.

—¡Estás divina! —exclamó Nina, al verla.

—¿Y tú qué tal, cariño? —sonrió su madrastra, abrazándola—. ¿Sigues loca por un médico que le ha prometido matrimonio a otra?

—Uy, no sabes nada. Rob se enteró de que Bettine esperaba un niño de otro hombre y ha cortado con ella.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes.

—Entonces, ahora está libre.

El suspiro de su hijastra le dijo que las cosas no eran tan fáciles.

—Parece que no está interesado en otra relación con una colega.

—¿Es un ultimátum o debo deducir que el encantador Rob Carslake protesta demasiado?

—Yo diría que es un ultimátum —sonrió Nina—. No me trata como si tuviera la peste, pero casi.

Eloise sabía que tenía el corazón roto. Nina no se había enamorado nunca y debía de sufrir mucho. Sobre todo, teniendo que ver a Rob todos los días. Pero era algo que debía solucionar ella misma. Nadie más podía hacerlo.

Cuando el embarazo de Bettine se hizo patente, Rob notaba las miraditas de los demás.

Sabía que su actitud los sorprendía. Debían de pensar que era frío como el hielo.

Solo él y Nina sabían que su relación con Bettine había terminado antes de saber que lo engañaba. Y su único pesar era no haber cortado antes con ella.

Con respecto a Nina, se daba cuenta de que parecía triste y que él tenía mucho que ver con esa tristeza, pero no podía hacer nada.

Aquella noche en el jardín, había destruido su amistad diciéndole como un idiota que no se hiciera ilusiones…

Y Nina le había dicho que no estaba enamorada de él. Aunque eso era lo que Rob quería escuchar, por alguna razón fuera como una puñalada.

Sabía muy bien que Gavin estaba detrás de ella y cada vez que los veía juntos tenía que hacer un esfuerzo para no decirle a aquel conquistador balato que la dejase en paz.

Habiendo dejado claro que no podía haber nada entre ellos dos, no tenía derecho a meterse. Pero quizá podría advertir a Nina.

Sí, claro, pensó después. «Vete a la porra» o «No te metas en mis asuntos» era más o menos lo que su joven colega le diría.

Su amistad hacía aguas, pero el trabajo en la clínica iba cada vez mejor. A Nina Lombard le faltaba poco para ser una profesional muy competente.

Muchas veces pensaba, irónico, que el asunto de Bettine le había ido bien a la clínica porque Nina y él trabajaban tanto que los demás tenían que esmerarse para estar a su altura.

Un día de otoño, recibieron una llamada de la granja de Tom Blackmore y Rob decidió que fueran juntos a visitar al paciente.

—¿No habría sido mejor que viniera uno de los otros? — preguntó ella cuando aparcaban frente a la casa.

—Tom Blackmore es mi paciente. El hecho de que su hijo haya dejado embarazada a mi promiscua ex prometida no tiene nada que ver.

A pesar de sus palabras, el rostro del hombre mostraba cierto sufrimiento y Nina hubiera deseado consolarlo. Pero después de su charla en el jardín, no pensaba arriesgarse.

Aquel día, no hubo bollos de crema. Mary abrió la puerta con expresión angustiada.

—Gracias por venir, doctor Carslake —dijo, nerviosa al enfrentarse con el ex prometido de su nuera—. Esperaba que viniera usted, pero con lo que ha pasado…

—No te preocupes, Mary. ¿Cómo está Tom? —Esta mañana se ha caído de la cama.

Quería ir solo al baño y no me ha llamado.

—Vamos a verlo —suspiró Rob, subiendo por la escalera.

—Creo que se ha roto una muñeca. Y se ha dado un golpe en la cabeza —explicó la mujer.

Mientras subían, Nina se preguntó dónde estaría el hijo del

paciente.

Esperaba que Keith no apareciese por allí. Pero no pasaría nada. Lo único bueno de todo aquel asunto era que el doctor Carslake no parecía lamentar en absoluto haber roto con Bettine. De hecho, Nina empezaba a pensar que aquel hombre era de hielo. No se acostaba con Bettine… se enteró de que otro hombre la había dejado embarazada y se quedó tan fresco… ¿No tenía sangre en las venas?

Cuando entraron en la habitación, Tom Blackmore tenía los ojos vidriosos y los labios amoratados. Estaba lívido.

—¿Qué te pasa Tom? Doctor Carslake, ¿qué le ocurre a mi marido?

Rob le tomó el pulso, pero Nina sabía que ya no tenía que hacerlo.

—Ha muerto, Mary. ¿A qué hora lo dejaste solo?

La mujer ahogó un gemido y Nina le pasó un brazo por los hombros, compungida.

—Hace veinte minutos.

—Supongo que ha sido la caída —murmuró Rob, observando el corte en la sien.

Mary no podía dejar de llorar.

—Hemos estado juntos cuarenta y dos años y siento mucho que haya muerto. Pero también es un alivio. Tom no ha vivido durante los últimos diez años y podría haber seguido así, casi como un vegetal…

—¿Dónde están tus hijos? —preguntó Nina cuando bajaron al salón. Habían cubierto al hombre con una sábana.

—Los dos pequeños están trabajando en los pastos. Y Keith… bueno, ya sabe que ahora vive en la colina.

—Nina, ¿te importa llamar a casa de Bettine? Si Keith está allí, dile que venga —le pidió Rob.

Ella asintió. De todas las familias a las que podían haber ido a visitar, tenían que haber ido precisamente a casa de los Blackmore.

Miles contestó al teléfono y enseguida se puso Keith.

Hubo un silencio al otro lado de la línea cuando Nina le dio la noticia.

—Voy para allá —dijo el hombre por fin.

Cuando entró en la cocina, los otros dos Blackmore acababan de

entrar. No tuvieron que preguntar nada al ver el rostro de su madre.

—Voy a darte una receta. Son unos sedantes, Mary —explicó Rob—. Y otra cosa.

Quizá haya que practicarle la autopsia a tu marido. Pero puedo hablar con el forense para certificar que Tom ha muerto de Parkinson. Veré lo que puedo hacer.

—Muy bien —murmuró la mujer.

—Pero… si deseas que le hagan la autopsia, los estudios servirán para estudiar el Parkinson y ayudar a otros pacientes. No tienes que darme una respuesta inmediatamente.

Llámame con lo que sea.

Cuando entraron en el coche, dejó escapar un suspiro.

—Menudo día —murmuró Nina.

—Me hubiera gustado que Tom viviese un poco más, pero como Mary ha dicho, llevaba muchos años medio muerto.

—¿No te ha molestado tener que llamar a Keith Blackmore?

—Yo no he llamado. Has sido tú.

—Ya, pero…

—Te he dicho que el asunto de Bettine me da igual. Pensé que lo había dejado claro el otro día.

—Dejaste muchas cosas claras el otro día —replicó ella.

—Sí. Creo que sí.

—Ah, entonces no se te ha olvidado.

—No. Y no es fácil trabajar contigo y mantener las distancias al mismo tiempo.

—¿Y por qué lo haces?

—No puedo hablar de esto cuando estoy conduciendo —sonrió Rob.

—¿Por qué no?

—Porque me gustaría tener las manos libres.

—¡Ja! Yo no debo «hacerme ilusiones», pero si tú quieres tocarme por casualidad…

—¿Quién te dice que no quiero tocarte cien veces al día? —la interrumpió él—. ¿Que no estoy continuamente recordándome a mí mismo que ya tuve una desastrosa relación con una colega y no quiero arrastrarte a otra?

—¿Por qué no me dejas decidir si quiero arriesgarme o no? —le espetó Nina entonces, irritada.

—Eres demasiado joven, demasiado guapa y demasiado… atrevida. Y yo no. Sobre todo, cuando se trata de los que están bajo mi jurisdicción.

—¿Y si yo cambiase de trabajo? Están buscando camarera en el hotel.

—¿Y desperdiciar tu talento como médico? Venga ya, Nina —replicó Rob, parando el coche en la cuneta. Después, se volvió para mirarla—. Sé que voy a lamentar esto, lo sé. Sería mucho más fácil si te hicieras la dura.

Cuando los labios del hombre rozaron los suyos, la tristeza de las últimas semanas desapareció. Sus besos eran tan exigentes como el propio Rob y, sin embargo, la acariciaba con una suavidad desconocida para ella.

Por fin, la soltó.

—Tenemos mucho trabajo, Nina. ¿En qué estoy pensando? ¡Ya te dije que lo lamentaría!

—Sí, será mejor que arranques cuanto antes —murmuró ella.

—No quería decir eso.

—¿No? ¿Y qué querías decir? —le espetó Nina. Cuando Rob abrió la boca para contestar, le hizo un gesto con la mano—. Déjalo. No digas nada.

Cuando volvieron a la clínica, Bettine acababa de volver de sus visitas. Y, a juzgar por su expresión, los Blackmore no se habían puesto en contacto con ella.

—¿Tienes un minuto?

—Sí, claro —sonrió la doctora Baker.

—Lo lamento, pero tengo que darte una mala noticia.

—¿No le habrá ocurrido algo a Miles… o a Keith? —exclamó ella, asustada.

—No, es tu suegro. Se cayó esta mañana y… ha muerto.

—¡Oh, no! —sollozó Bettine, echándose en sus brazos.

Cuando Nina salió de la cocina, Rob estaba dándole golpecitos en la espalda y murmurando palabras de consuelo.

Se avergonzaba de admitirlo, pero la ponía furiosa. Si Bettine debía estar en brazos de alguien, era en brazos de su marido.

Solo llevaba unas semanas en la familia, desde luego no lo suficiente como para llorar con tanta pena por Tom Blackmore. Y después de quedarse embarazada de Keith no tenía derecho a

abrazar al hombre al que había engañado.

¿Por qué no iba a casa de Mary en lugar de llorar como una plañidera en los brazos de Rob?

Él vio su expresión y le hizo un gesto, como diciendo: «No pasa nada. Solo la estoy consolando como lo haría con cualquiera».

Pero Bettine no era cualquiera.

Con un golpe de melena, corta, pero melena, Nina entró en su consulta y cerró la puerta.

Gavin entró un segundo después.

—¿Qué ha pasado? ¿No será Miles?

—No. Tom Blackmore ha muerto. Cuando llegamos a su casa, ya era demasiado tarde.

—Ah, ya veo. Entonces, o Bettine está consternada o echa de menos a Robert —sonrió su colega—. ¿Tú qué crees?

—Yo me inclino por la segunda teoría.

—Y no te hace ninguna gracia, ¿verdad?

—Pues no.

—¿Te sigue gustando Rob?

—No digas tonterías.

—Estás perdiendo el tiempo, chica. Después de lo de Bettine, me sorprende que no se haya ido a un monasterio. Rob Carslake está mosqueado con las mujeres y no me extraña.

—¡Corta el rollo, Gavin! —exclamó Nina—. Y vete. Tengo mucho trabajo.

Capítulo 7

A LA MAÑANA siguiente, cuando Nina llevaba los informes a recepción, Bárbara preguntó si alguien sabía dónde estaba el doctor Carslake.

—Dentro de quince minutos tiene que ver a un representante farmacéutico.

—Creo que ha subido a su casa —apuntó Vikram.

—He llamado por teléfono, pero no contesta. Aunque las líneas están raras hoy. Voy a tener que llamar a la compañía telefónica.

—Yo subiré un momento para darle el mensaje —se ofreció Nina.

De ese modo, podría ver el misterioso apartamento. Eso, si no la dejaba esperando en la puerta, claro.

Aquella mañana había encontrado una nota suya en la que le decía que ya estaba preparada para hacer las visitas sola y eso le había hecho sentir un absurdo anhelo de recuperar su amistad. Y si lo conseguía haciendo recados para recepción, se haría recadera.

Rob abrió la puerta y la miró, extrañado. Zacky ladraba detrás de él.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar?

—Claro.

—Eres tan amable… —sonrió ella, irónica.

—¿Qué quieres, Nina?

—Bárbara me ha dicho que tienes una reunión dentro de quince minutos. Como no te encontraba…

—¿No funciona el teléfono?

—No. Por lo visto, tiene que llamar a la compañía telefónica.

—Ah, estupendo. Una clínica en la que no funcionan los teléfonos… Gracias por el mensaje.

Nina solo escuchaba a medias. Estaba muy ocupada mirando alrededor. Le sorprendía que el apartamento fuera tan espartano.

—No tienes muchas cosas, ¿no?

—¿Esperabas algo más lujoso?

Todo el apartamento era marrón o gris, con muebles de buena calidad, pero viejos. Los cuadros eran la única nota de color. Había varias acuarelas, seguramente pintadas por alguien del pueblo.

—¿Quién las ha pintado? Me encantan.

— *Moi* —contestó él.

—¡Tú! ¿Tú has pintado eso, Rob?

—Me alegro de que te guste algo de mí —río él,

—Me gustan muchas cosas de ti. Menos…

—¿Menos cuando abrazo a mi ex prometida? Tenías que haberte visto la cara. ¿Qué esperabas que hiciera?

—Sabía que ibas a sacar el tema —suspiró Nina—. Y lamento que se me haya notado tanto.

—¿Cómo crees que me siento yo cuando veo a Gavin detrás de ti como un perrito? Pero yo no hago público mi desagrado.

—¿Vas a decirme que no debo confiar en Gavin, con su cabello de oro?

—Algo así.

—Pues no te molestes. Ya lo sé.

—Pero estáis todo el día juntos.

—Porque le gusta estar conmigo —se encogió Nina de hombros.

—¿Y a mí no?

—Eso parece.

—Las apariencias engañan. Ya deberías saber eso.

—Eres tan sabio…

—¿Vas a ir a la feria? —preguntó Rob entonces, ignorando la ironía.

—¿A qué feria?

—A la de septiembre. Empieza el viernes y acaba el lunes.

—Tendré que decirle a Gavin que me lleve —sonrió ella, traviesa.

—No hace falta. Te llevaré yo… el sábado por la noche, si quieres. De esa forma, estaré seguro de que no te secuestran unos gitanos.

—No me secuestrarían. Me iría con ellos por mi gusto.

—¿Tú? ¿Y cómo ibas a vivir en una caravana?

—No sé. Si el gitano es guapo… me acostumbraría.

Estaba contenta. Habían vuelto a ser amigos y Rob iba a llevarla a la feria. Pero cuando él alargó la mano para tocar su cara, Nina se puso tensa.

—Olvídate de los gitanos. Por aquí hay mucha gente que querría compartir contigo su caravana. Aunque… las circunstancias a veces son complicadas.

—Esa no es razón para estar solo —dijo ella entonces, mirándolo a los ojos.

Cuando Rob iba a contestar, la voz de Bárbara los interrumpió.

—La sala de espera está llena de gente, doctora Lombard.

Nina la miró como si quisiera asesinarla. Pero la pobre no tenía la culpa.

Durante el resto de la semana, Nina estaba feliz. El sábado era como la luz de un faro en el horizonte. Sería su primera cita con Rob.

Eloise sabía que iba a salir con el doctor Carslake el sábado y rezaba para que su alegría no se tornara en tristeza.

Su padre también conocía el secreto. Pero las reacciones del coronel Lombard eran de temer. Y lo último que necesitaba era que le preguntase a Rob cuáles eran sus intenciones con respecto a ella.

Aunque si fuera así, por mucho que eso la avergonzara, en el fondo le estaría haciendo un favor. Porque ella también quería saber cuáles eran las intenciones de Robert Carslake.

Las había dejado claras en un par de ocasiones y luego, de repente, la invitaba a la feria.

Era un hombre incomprensible.

—¿Quieres que vaya a buscarte mañana? —le preguntó Rob el viernes por la tarde.

¿Se habría olido la reacción de su padre o estaría echándose atrás?

—No, mejor vengo yo a buscarte. ¿A qué hora?

—A las siete. Para entonces, ya será de noche.

—Muy bien.

Cuando volvía a casa, Nina iba pensando que la idea de pasear con Rob bajo los farolillos de una feria era lo que más le apetecía hacer en el mundo.

Solo cuando estaba a punto de meterse en la cama se le ocurrió pensar que quizá había dicho «para entonces, ya será de noche» porque no quería que nadie los viera juntos.

Pero si era así, ¿por qué la había invitado? Se encontrarían con mucha gente en la feria.

Además, si Rob no quería que los vieran juntos, ese era su problema. Ella, por el contrario, se pondría la ropa más llamativa que tenía en el armario para que la viera todo el mundo.

Cuando llegó a la consulta el sábado por la tarde, Rob estaba en la puerta, con Zacky.

—Venimos de dar un paseo. Pero a la pobre no le gusta nada el ruido de los petardos.

Nina se inclinó para acariciar a la temblorosa perrilla.

—Pobrecita mía.

—Estás guapísima —dijo Rob entonces.

—¿Es un cumplido o una mera afirmación?

—Las dos cosas. Cuando lleguemos a la feria, ya pueden apagar todas las luces. Con ese vestido, eres como un foco.

—Muy gracioso.

Pero era verdad. Con pantalones de cuero rojo, una especie de túnica corta de color verde hoja y el pañuelo de colores que llevaba al cuello, era un anuncio luminoso. Aunque estaba estupenda. Había copiado el modelo de una fotografía de Vogue.

Por contraste, Rob se había puesto una camisa azul marino y pantalones vaqueros.

Estaba claro que quería pasar desapercibido. Y no iba a conseguirlo.

—¿De qué te ríes?

—De nada.

—Seguro —murmuró él, incrédulo—. Venga, vámonos. Adiós, Zacky.

Corrxo siempre ocurría con las ferias, el espectáculo no solo había atraído a los habitantes de Stepping Dearsley, sino a muchos de los alrededores.

Nina estaba encantada con el ruido y la gente. Y si Rob no había querido que los vieran, la había llevado al sitio equivocado. Todo el mundo los paraba para saludarlos, sobre todo a él.

¿Quién era más conocido en Stepping Dearsley que el doctor Carslake?

Él ganó un oso de peluche en la caseta de tiro al blanco y se lo regaló con una sonrisa.

Mientras caminaban, Nina con el oso en una mano y una bola de algodón dulce en la otra, se dio cuenta de que era uno de los días más felices de su vida.

—¿Quieres montar? —le preguntó él, señalando la noria.

—Sí. Y luego quiero subir en los caballitos, en los coches de

choque…

—Cada cosa a su tiempo, cielo.

Ella se quedó sorprendida al escuchar el cariñoso término. Pero Nina no era un «cielo».

Últimamente, todo lo contrario. Aunque la culpa de eso la tenía cierto doctor Carslake.

La noria empezó a moverse y cuando llegaron al punto más alto, se detuvo. Nina pensaba que sería solo un segundo, pero siguieron allí, atascados, durante cinco minutos.

—Parece que hay algún fallo mecánico —sonrió Rob—. ¿Qué te parece estar atascada en el cielo?

—Maravilloso —sonrió ella.

—Si hubiera querido alejarte de todos, no hubiera podido encontrar mejor sitio, ¿verdad?

—Yo diría que todo el mundo no está viendo —murmuró Nina, mirando hacia abajo.

—Pero no ven lo que hacemos.

—¿Y qué hacemos?

—Aún nada. Pero dame tiempo —rio él, acercando su cara—. Nunca he besado a una mujer a veinte metros de altura.

¡Estaba funcionando!, pensó Nina, triunfante. Rob aceptaba que había algo entre ellos contra lo que no podía luchar.

Pero algo más estaba funcionando. Las ruedas de la noria se movieron de nuevo y cuando empezaron a bajar, él se apartó.

—Vaya, parece que vamos a poner los pies en el suelo —dijo en voz baja.

—¿Qué pasa? ¿Te arrepientes? —le espetó ella, enfadada—. Si te decidieras de una vez, yo no estaría hecha un lío.

Habían llegado al suelo y Rob intentó ayudarla a bajar, pero Nina se apartó.

—¿Qué te pasa?

—Como si tuvieras que preguntar… ¿Por qué cada vez que sucumbes a la atracción que hay entre nosotros, te apartas como si fuera un destino peor que la muerte?

—No es así, Nina. Es más bien como… pasar por delante de la puerta del cielo y no poder entrar.

—Pero, ¿por qué…?

—Tú sabes por qué. Ya te lo he dicho.

—El problema contigo es que estás ciego. ¡Estás dejando que el pasado destroce tu futuro! —exclamó ella, furiosa—. Me voy a casa. Y no me acompañes porque quiero ir sola.

Cuando llegó a la salida de la feria, Nina miró hacia atrás. La enorme noria se recortaba contra el cielo oscuro.

¿Qué habría pasado si los empleados hubieran tardado un poco más en reparar la avería?

¿Le habría declarado Rob su amor por ella o habría sido como siempre, un beso que después no significaría nada?

Cuando llegó a casa, encontró a Eloise tumbada en el sofá. El bronceado que había conseguido en la playa empezaba a desaparecer y tenía un aspecto muy frágil.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó, olvidando sus problemas.

—Nada —contestó su madrastra—. No podía dormir, así que salí un poco al jardín. Y

luego me he tumbado aquí un rato…

—¿Necesitas algo?

—No. Pero quiero que me cuentes qué tal con Rob.

Nina hizo una mueca.

—Una desilusión.

Cuando le explicó lo del fallo mecánico de la noria, Eloise sonrió, comprensiva.

—¿Seguro que no les diste una propina a los empleados para que la parasen?

—Ojalá se me hubiera ocurrido —suspiró ella—. Pero siempre pasa lo mismo. Cuando estamos juntos, Rob se vuelve imposible. Como si él fuera el epítome de la sabiduría y yo la tonta del pueblo.

—¿Cuántos años tiene el doctor Carslake?

—Treinta y cinco.

—Hay una diferencia de ocho años.

—Eso no es nada.

—Dale tiempo, Nina. El pobre ha tenido una mala experiencia con la doctora Baker.

—Que ahora desea no haberse metido entre las sábanas de Keith Blackmore. Sigue enamorada de él, estoy segura.

—¿Estando embarazada de otro hombre? —exclamó Eloise—. No te preocupes, Rob no volverá a dejarse engañar.

—Bueno, ya está bien de charla. ¿Vienes a la cama?

La mujer negó con la cabeza.

—Prefiero pasar la noche aquí, en el sofá. Se está más fresco. Ah, por cierto, ¿sabes que tengo la revisión el viernes?

—Sí, claro.

—¿Y sabes que las noticias podrían ser buenas… o malas?

—No se me olvida.

—Quiero que me prometas una cosa —dijo Eloise entonces.

—¿Qué? —preguntó Nina, intentando controlar su congoja.

—Si las noticias son malas, quiero que me prometas no llorar por mí. Solo puedo irme de este mundo tranquilamente si sé que aceptarás mi partida sin quedarte desolada.

Su hijastra se puso pálida.

—¿Cómo puedo no llorar, Eloise? Tú eres una madre para mí.

La mujer acarició su pelo con ternura.

—Lo sé. Por eso te lo pido. Pero cuando llegue el momento, quiero que te alegres por mí, hija. Porque ese día podré irme en paz.

—No digas eso. No puedo soportarlo.

—Tengo que hacerlo, nena. Es lo más sensato.

—¿Y papá? ¿Qué será de él si te pasa algo?

—Se volverá insoportable —intentó sonreír su madrastra—. Pero su formación militar le vendrá bien. No derramará una lágrima por fuera, ya lo verás —añadió, comprensiva—.

Eres tú quien me preocupa. Tú y ese médico tuyo que no se decide.

—Yo me las arreglaré. Y tú debes tener pensamientos positivos.

—Tienes razón —suspiró Eloise—. Aún no me he ido. ¿Quién sabe?

Mientras Nina subía la escalera, pensó que si las cosas entre Rob y ella seguían yendo de la misma forma, él terminaría siendo un solterón recalcitrante y ella, la típica tonta enamorada de un imposible.

Pero, ¿qué importaba todo eso, comparado con los problemas de Eloise?

—Quiero hablar contigo —dijo Nina el lunes por la mañana.

Rob estaba revisando el correo y levantó la mirada, sorprendido.

—¿Ahora nos hablamos?

Ella no se molestó en contestar. Durante las dos últimas noches

no había pegado ojo a causa de Eloise y si había alguien que pudiera tranquilizarla era Robert Carslake.

—Eloise está hablando de morirse. El viernes tiene que ir al médico y no cree que vaya a darle buenas noticias.

—¿Por qué? La última vez dijeron que el cáncer se había estabilizado.

—No lo sé. No sé si el cáncer la está debilitando o es una premonición —suspiró Nina.

Rob se quedó un momento pensativo.

—No es inusual que un paciente de cáncer piense que va a morir. Las semanas que pasan soportando el tratamiento son una tortura y la idea de que podría ser fatal siempre está ahí, aunque intenten pensar de forma positiva.

—Tienes razón —murmuró ella, intentando contener las lágrimas—. Bueno, gracias por escucharme.

Rob abrió los brazos y Nina se echó en ellos como un barco que llega a puerto.

—Si püdiera tranquilizarte, lo haría. Pero en la unidad de oncología están haciendo todo lo que pueden —la consoló, besando su pelo—. El resto está en manos del destino.

—Lo sé.

—Toma una taza de café antes de empezar la consulta o tú serás mi primera paciente — rio él.

El día transcurrió entre pacientes con enfermedades más o menos serias y Nina agradeció estar ocupada.

Durante el fin de semana no tenía que hacer nada más que atender a Eloise, pero una vez de vuelta en la consulta, se sentía más fuerte.

Su relación con Rob no iba a ninguna parte, pero él se había portado como un amigo al verla triste y se lo agradecía mucho.

El anciano que tosía sangre fue uno de sus primeros pacientes. El día anterior habían llegado los resultados de las pruebas.

—¿Qué tengo, doctora Lombard? —preguntó el hombre, con la resignación de los mayores, acostumbrados a recibir malas noticias —. ¿Tenía razón sobre la tuberculosis?

—Me temo que sí.

—Entonces, ¿me llevarán a una montaña hasta que mis pulmones se curen?

Nina sonrió.

—Ahora hay procedimientos más modernos.

—Pues la primera vez me llevaron a la montaña.

¿Qué primera vez? —preguntó ella, sorprendida.

—Cuando descubrieron que tenía tuberculosis.

—¿Ya ha tenido tuberculosis?

—Se lo dije el primer día.

—No me dijo que la hubiera tenido. Y yo no puedo leer sus pensamientos, señor Wood.

—Fue hace mucho —explicó el anciano—. Cuando estaba en la guerra.

—Ya veo. Los rayos X muestran cicatrices en los pulmones y me temo que la enfermedad ha vuelto a aparecer.

—Entonces, ¿tengo que hacer testamento?

—Aún no —contestó Nina, disimulando una sonrisa—. Pero debe tomar los antibióticos que voy a recetarle.

Después de él, entró una señora mayor acompañada de su hija. Dorothy Desmond era una mujer asombrosa de noventa años, que tenía la cabeza tan clara como a los cuarenta. Pero se había caído en la ducha y le dolía una cadera.

—¿Cree que tendrán que operarme?

—Primero voy a hacerle un reconocimiento y después le pediré al doctor Carslake una segunda opinión.

Cuando la mujer se desvistió, Nina observó que llevaba las dos piernas vendadas.

—¿Por qué lleva esas vendas?

—Porque tengo la piel como el papel de fumar. El menor roce y se me hace una herida.

Nina la examinó y comprobó que no tenía la cadera fracturada. Pero para más seguridad, fue a buscar a Rob.

—Habrá que hacerle rayos X, señora Desmond. Parece que no está rota, pero no me gusta el aspecto del hueso —opinó él, después de examinarla—. Lo mejor será pedir una ambulancia para que la lleve al hospital ahora mismo. Estas cosas no pueden dejarse.

Aquel día había consulta de obstetricia y Bettine, que estaba de vuelta en la clínica, tenía un mal día. Le había gritado a la comadrona y se había pesado dos veces, haciendo una mueca de disgusto.

También se había quejado de que faltaban sábanas para la camilla, que había demasiadas pacientes… en fin, un encanto.

Cuando terminó la consulta, parecía un poco más calmada y si a Nina le cayera bien, casi podría disculpar su actitud.

Tenía que ocuparse de su hermano Miles, de su suegra que acababa de quedarse viuda y de un marido que no podía compararse con Robert Carslake… además de llevar dentro un niño que había sido concebido en secreto.

Mientras tenía a Nina en sus brazos, Rob no pudo dejar de notar el cuerpo femenino apretado contra él, ni su delicioso perfume. Pero, sobre todo, notó cuánto lo necesitaba.

Ella intentaba portarse como una mujer segura de sí misma, pero era muy cariñosa y estaba tremendamente preocupada por la salud de su madrastra. Había mucho amor en el corazón de Nina Lombard. Lo había para Eloise y lo habría, algún día, para el hombre que se casara con ella.

Pero ese era un tema en el que prefería no pensar.

El problema era que no podía dejar de pensarlo. Para empezar, porque Nina lo tenía embrujado y, además, porque Eloise le había dado a entender que le gustaría verla casada antes de morir.

Y estaba claro para quién reservaba Eloise Lombard el papel de marido.

Nervioso, subió a su apartamento después de la consulta y lo primero que miró fue una acuarela a medio terminar.

Era una chica de ojos verdes y sonrisa preciosa.

Capítulo 8

ERA NOVIEMBRE. Las noches duraban más, las mañanas eran frías y, aunque normalmente no le molestaba el cambio de estaciones, ese año Rob no estaba deseando que llegara el invierno.

Nina era una constante en sus pensamientos. La veía durante el día en la clínica y, por las noches, no podía dejar de pensar en ella. De modo que iba a ser un invierno muy largo.

Cada vez que alguien mencionaba las navidades se ponía malo. ¿Eloise Lombard seguiría entre ellos para entonces? Eso esperaba. En su última revisión no hubo cambios y rezaba para que, a pesar de que se encontraba débil, no los hubiera el mes siguiente.

Los empleados de la clínica estaban a punto de sacar los adornos navideños y todo el mundo parecía alegre. Todo el mundo menos Nina.

Le entristecía tanto que el brillo de sus ojos hubiera desaparecido… Había veces que creía verla madurando antes sus ojos, pero era terrible que tuviera que madurar de una forma tan dolorosa.

Gavin por fin había abandonado la idea de conquistarla. El joven médico prefería el lado más frívolo y divertido de la vida y, en aquellos días, Nina Lombard no era nada divertida.

Rob mantenía la distancia también, pero por diferentes razones. Si ella buscaba su consuelo, lo tendría, como amigo y como médico. Pero no podían ir más allá.

Durante esa semana, recibió una llamada para visitar a Dorothy Desmond, la anciana que se había caído en la ducha.

Su hija, Pauline, abrió la puerta, con expresión angustiada.

—Mi madre tiene muchos dolores, doctor Carslake.

—¿Qué dijeron en el hospital?

—Que no tenía la cadera rota. Pero ahora se ha roto la pelvis por tres sitios.

—¿Es el doctor Carslake? —escucharon la voz de Dorothy.

—Sí, mamá.

—Hola, señora Desmond —la saludó Rob, entrando en el dormitorio.

—¿Le ha contado Pauline lo que me ha pasado? —Sí. ¿Cómo ha ocurrido?

—Me volví a caer. No quería llamar a mi hija para salir de la

cama y… en fin, ya sabe.

Me duele muchísimo.

—Ya imagino. Pero usted es una mujer muy fuerte —intentó animarla él.

—Estoy a punto de dejarlos, doctor Carslake —sonrió tristemente la anciana—. Cada vez que la enfermera viene a cambiarme las vendas, le digo que quiero la eutanasia, pero no me hace ni caso.

Cuando Rob salió de la habitación y estaba firmando una receta, Pauline se sentó a su lado.

—Lo de la eutanasia no lo dice en serio. Es una broma. Incluso está hablando ya de adornar la casa para Navidad.

Mientras Robert Carslake volvía a la clínica no sabía que estaba pensando lo mismo que Nina: nada como tratar pacientes todos los días para olvidar sus propios problemas.

Brian Benyon, el carnicero de Stepping Dearsley, sufría esclerosis múltiple. Los síntomas remitieron tieron con la medicación y llevaba años viviendo casi como si no tuviera la enfermedad. Pero habían vuelto a aparecer.

Fue el primer paciente de Nina aquella mañana fría y gris.

—¿Qué voy a hacer ahora? —murmuraba el hombre, desesperado—. ¿Quién va a llevar la tienda? Yo no puedo cortar la carne porque me tiemblan las manos.

En algunos casos, esa enfermedad permanecía dormida durante años, pero cuando volvía a aparecer lo hacía de una forma virulenta, como para recordar al que la sufría que no iba a poder con ella.

Nina había notado que cojeaba al entrar en la consulta.

—¿Le duele la pierna?

—También. Pero no sujeto el cuchillo con la pierna —masculló el pobre carnicero, angustiado.

—¿Cuándo empezaron los síntomas?

—Hace una semana.

—Tengo que enviarlo al hospital, señor Benyon. Probablemente, le recetarán corticoides, pero primero tendrán que comprobar la progresión de la enfermedad con resonancia magnética. Nosotros no podemos hacer eso aquí.

—Ya me hicieron una resonancia magnética hace tres o cuatro

meses —suspiró él—. Y

me da claustrofobia.

—Pues tendrá que soportarlo. Esa prueba es la más efectiva de todas. Cuando lo metan en el tubo, piense que se va a la cama y cierre los ojos. Ya verá cómo se le pasa la claustrofobia.

—Si usted lo dice…

El carnicero salió de la consulta con los ojos tristes. El futuro era incierto y el pasado, algo a lo que estar agradecido.

Cuando Nina llegó a casa por la noche, se asombró al ver que Eloise y su padre habían ido de compras y el salón estaba lleno de bolsas.

—Hemos comprado los regalos de Navidad.

A Nina se le hizo un nudo en la garganta. A pesar de su enfermedad Eloise había encontrado fuerzas para comprar regalos…

Y si Eloise podía hacerlo, ella también tenía que dejar a un lado la melancolía, se dijo.

Aquel año, celebrarían la Navidad igual que lo habían hecho siempre. Con regalos, con alegría y con esperanza.

—Voy a comprar los regalos de Navidad —le estaba diciendo a Rob al día siguiente—.

Eloise ha comprado un montón de cosas y yo no voy a ser menos.

—Tu madrastra es muy especial —sonrió él.

—Desde luego. ¿Tú ya has comprado los regalos?

—Suelo regalar botellas de vino o bombones a los empleados. Y, en cuanto al único regalo personal que tengo que hacer, ya está comprado.

Nina lo miró, curiosa.

—¿No tienes familia?

—Mi padre murió cuando yo era pequeño y mi madre, hace dos años. De cáncer.

—No lo sabía —murmuró ella, sorprendida.

—Lo que tuve que pasar con ella me ayuda a entender tus sentimientos. Sé que estás muy preocupada por Eloise.

—Desde luego —asintió Nina—. Entonces, ¿estás solo en el mundo?

—No te pongas tan dramática —intentó sonreír Rob.

—No es eso. Es que… parece que no necesitas a nadie.

—Soy tan débil como cualquiera.

—No es verdad. Tienes una voluntad de acero.

—¿Quieres que te pruebe lo equivocada que estás? —preguntó él, acercándose—. ¿O

este sitio es demasiado público para una muestra de afecto?

Nina estuvo a punto de decir que no le importaría que estuviera mirando todo el pueblo, pero sabía que no valdría de nada.

—No, déjalo.

—¿Quieres que vaya contigo a comprar los regalos? —preguntó Rob entonces.

Unas semanas antes, Nina habría dicho que sí sin dudarlo, pero tenía la impresión de que habían pasado cien años desde la noche de la noria.

Por eso, aceptó la oferta de Rob sin darle demasiada importancia. Solo cuando llegó a casa, se permitió a sí misma sonreír. Y enfadarse por no haber aprovechado el beso que él pensaba darle.

—Está preciosa, doctora Lombard —sonrió Rob, cuando fue a buscarlo a la consulta.

Nina sonrió. Con pantalones de cuero negro y un jersey de cuello alto blanco, parecía una modelo. O eso le había dicho Eloise. Y las madres siempre tienen razón.

—Tú tampoco estás mal.

¿Que no estaba mal? Con traje, con pantalones de pana o con vaqueros, el doctor Carslake era un escándalo.

Aquel día llevaba una chaqueta de cuero sobre un pantalón de pana gris y estaba para comérselo. Pero no pensaba decírselo.

Nina compró un precioso camisón con bata a juego para Eloise, y para su padre, una antigua bola del mundo.

Había otro regalo que quería comprar, pero como su receptor estaba con ella…

Rob pareció leer sus pensamientos.

—Tengo que hacer un recado. ¿Dónde podemos encontrarnos dentro de media hora?

—En la cafetería —contestó Nina.

Rob desapareció entre la multitud que llenaba la mayor tienda de Stepping Dearsley y ella observó cómo destacaba entre todos. Como el faro que era en su vida.

Una vez sola, empezó a darle vueltas a la cabeza. ¿Qué podía comprarle? ¿Algo para su casa? ¿Ropa?

En ese momento vio la sección de pintura. ¡Ese sería el regalo perfecto! Nina decidió comprar un caballete, un juego de brochas y lienzos de varios tamaños que le llevarían a su casa dos días más tarde. Estaba segura de que le gustaría.

Mientras esperaba a Rob, iba haciendo planes. Si Eloise se encontraba bien, ¿querría comer con ellos el día de Navidad? Le había entristecido saber que no tenía familia.

Aunque tenía amigos. Y seguramente alguno de ellos lo habría invitado a comer. Pero si no se arriesgaba, nunca lo sabría.

No le preguntó dónde había estado cuando se reunió con ella en la cafetería. Por su expresión, no tenía intención de decírselo.

—¿Quieres comer en mi casa el día de Navidad?

—Te lo agradezco, pero no creo que sea buena idea. Eloise no se encuentra bien y…

—Da igual. A los tres nos gustaría mucho que comieras con nosotros.

Rob sonrió.

—En ese caso, acepto encantado. Pero solo si puedo echar una mano en la cocina.

—No hace falta —sonrió Nina—. Mi padre se encarga del pavo y yo puedo hacer el resto… con los consejos de Eloise, claro.

Mientras volvían a casa, se sentía incómoda. Estaba intentando mantener una relación con Rob, pero aquel hombre era imposible.

—Pareces triste —comentó él.

—Tengo muchas razones para estar triste.

—¿Eloise?

—Eloise y… otras personas.

—Las cosas no son tan simples como parecen, Nina.

—Porque nosotros las hacemos complicadas —suspiró ella—. Pero no hablemos más del tema.

Nina cerró los ojos. El cansancio y el calor dentro del coche la estaban dejando adormilada. Mejor, porque hablar de eso con Robert Carslake no la llevaría a ninguna parte.

El viernes por la tarde, Eloise debía acudir a su revisión en el departamento de oncología del hospital.

—Recuerda, Nina. Sean buenas o malas noticias, puedes contar

conmigo —le dijo Rob antes de que se fuera—. Sé muy bien por lo que estás pasando.

Gracias —murmuró ella.

—Díselo también a Eloise.

—Lo haré.

Nina salió de la clínica con el corazón encogido.

Rob estaba a punto de subir a su apartamento cuando sonó el teléfono.

—Dígame.

—¡Está funcionando! ¡La quimioterapia está funcionando! —escuchó la voz de Nina al otro lado del hilo—. El cáncer está remitiendo, Rob.

—Entonces, ¿el cansancio y el malestar eran debidos al tratamiento?

—¡Sí! ¡Eloise se va a poner bien!

—¿Y qué ha dicho ella?

—No se lo cree —contestó Nina, tan contenta que no podía disimular.

—¿Y tu padre?

—Mi padre dice que él lo sabía. Ya sabes cómo es.

—Acabo de tener una idea estupenda. Os invito a cenar esta noche.

—Eloise se ha ido a la cama. Yo creo que se ha quedado dormida de alivio. Y ya sabes que mi padre no sale sin ella.

—Pues entonces, te invito a cenar a ti.

—Estupendo. Es lo que más me apetece en el mundo. ¡Por primera vez en meses no estoy angustiada, Rob!

—Iré a buscarte a las nueve —sonrió él.

Por primera vez en mucho tiempo, era tan feliz que casi quería olvidarse de la ética en el trabajo y de la mala relación que había tenido con una de sus colegas.

Los ojos de Nina brillaban de tal forma que Rob tuvo que hacer un esfuerzo para no tomarla en sus brazos.

Pero no quería uno de esos besos rápidos y locos de los que se arrepentía después.

Quería invitarla a cenar, tomar una copa y luego…

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—He reservado una mesa en el restaurante de la colina. Pero si

te apetece cenar en el pueblo…

—No, qué va —lo interrumpió Nina—. Hasta el pueblo me parece demasiado ruidoso últimamente. Debo de estar haciéndome vieja.

Era una de las noches más felices de su vida. El restaurante de la colina era una antigua casa de campo remodelada y la comida y el servicio, excelentes. Pero lo más importante era que Eloise iba a recuperarse y ella estaba con Rob. Había una gran armonía entre ellos y presentía que el final de aquella noche sería algo maravilloso. El principio de una historia de amor que duraría para siempre.

Mientras conducían de vuelta, sentía que su corazón estaba a punto de estallar. Rob no había dicho nada pero, por su forma de mirarla, parecía haber cambiado de opinión sobre las limitaciones que él mismo se había impuesto.

El cáncer de Eloise estaba remitiendo y Rob, a su lado, conducía bajo un cielo que parecía un manto de terciopelo negro cuajado de estrellas… Nina casi tenía que pellizcarse para probar que no estaba soñando.

Los dos sabían que iban a hacer el amor. Él no la había tocado en toda la noche, pero daba igual.

Cuando subieron al apartamento y él la tomó en sus brazos, Nina se dejó llevar por lo inevitable del momento.

Rob la desvistió lentamente, admirando su tímida desnudez. Y después de quitarle la ropa con manos temblorosas, ella supo que sus sentimientos por aquel hombre eran lo más profundo que había experimentado nunca.

Y más tarde, mucho más tarde, cuando Rob dormía a su lado con expresión tranquila, el recuerdo de la pasión y la ternura que habían compartido le hizo temblar de nuevo.

Con la cabeza apoyada sobre su hombro, la idea de pasar el resto de sus días al lado de Robert Carslake era tan hermosa que casi no podía creerla. Y, con una sonrisa en los labios, Nina se quedó dormida.

Cuando se despertó, estaba sola. Había una nota sobre la mesilla y las palabras fueron como una daga en su corazón:

Lo de anoche fue maravilloso, pero un error. No debería haber ocurrido, Nina. Con Eloise recuperada, ya puedes volver a Londres. Has

dejado claro muchas veces que estás deseando marcharte de Stepping Dearsley y yo no quiero ser una rémora en tu carrera.

Pensé que habíamos dejado a un lado todas las dificultades, pero no había pensado en eso. No quiero retenerte aquí y me avergonzaría anteponer mi deseo a tus sueños.

Quizá algún día podamos intentarlo de nuevo, pero por el momento, esta es mi decisión.

En caso de que quieras saber dónde estoy, hoy me toca guardia en la consulta.

Un beso, Rob.

Nina se puso furiosa. ¿Cómo podía tomar esa decisión sin consultar con ella? ¿Quién era él para decidir lo que era mejor o peor para su carrera?

«Esta es mi decisión», decía. Aquel hombre era una pesadilla.

No pensaba marcharse de Stepping Dearsley. No podía vivir sin él. Pero aquella vez había ido demasiado lejos.

No pensaba suplicarle. Si la quería de verdad, sería él quien suplicara.

Y después de tomar esa decisión, Nina se vistió y salió del edificio sin acercarse a la consulta.

Era sábado y esa noche el personal de la clínica celebraba la fiesta de Navidad en el hotel. Nina no supo hasta última hora si iba a acudir porque Eloise llevaba un par de días en la cama, resfriada.

Pero a las cinco, su madrastra bajó del dormito vio con mejor cara.

—Me encuentro mucho mejor, así que vete ahora mismo a la fiesta.

—No me apetece ir —suspiró Nina—. Además, mi ausencia será recibida con alivio por parte de ya sabes quién.

—¿Por qué?

—Por nada. Déjalo.

—¿Rob no viene a comer el día de Navidad?

—No creo que venga.

—Las cosas no van bien, ¿eh? Nina dejó escapar un suspiro.

—Ahora dice que no podemos estar juntos porque yo tenía muchos planes para mi carrera y él no quiere interponerse.

—¿Quieres marcharte a Londres? —preguntó Eloise.

—Solo vine a Stepping Dearsley por ti, pero ahora no quiero

irme porque estoy enamorada de Rob.

—¿Has hablado con él?

—Rob no quiere hablar del tema y yo no pienso sacarlo.

Su madrastra dejó escapar un suspiro.

—Rob es un buen hombre y debes hablar con él, hija. La cuestión es que termina con un problema y empieza con otro. ¿Cuándo da a luz Bettine?

—No estoy segura. En enero, creo. No la vemos mucho últimamente. Desde que murió su suegro, apenas va por la clínica.

—¿Y cuál es su excusa?

—No lo sé, supongo que el embarazo. Y yo estoy encantada. Pero eso ya no tiene nada que ver con Rob. Creo que espera que me marche a Sudán o a Somalia en cualquier momento.

—¿Y es lo que quieres hacer?

—No. A menos que sea absolutamente imposible convencer a ese hombre…

Eloise le dio un empujoncito hacia la escalera.

—Ve a arreglarte. Y no bajes hasta que te hayas puesto guapísima.

Habían empezado a caer las primeras nieves y para cuando Nina estuvo arreglada, el jardín parecía una postal navideña.

Su padre la había seguido hasta el porche y frunció el ceño al ver su sonrisa.

—Sí, muy bonito, pero con tanta nieve tendrán que cortar las carreteras. Hay gente que se muere de frío en el invierno porque…

—¡Papá, por favor! No lo estropees. Piensa en lo bien que lo pasarán los niños con tanta nieve.

Podía oír las risas de un grupo de niños y si no estuviera arreglada se uniría a ellos. Pero un traje de chaqueta y una blusa de seda color caramelo no eran precisamente el mejor atuendo para tirar bolas de nieve.

Además, tenía en mente hacer que cierto colega suyo no pudiera quitarle los ojos de encima en toda la noche.

—Robert Carslake no podrá resistirse —dijo Eloise.

—No sé yo. Cuando decide una cosa, no hay forma de hacerle cambiar de opinión — suspiró Nina.

—Yo creo que es un hombre muy sensato —señaló su madrastra —. Sabe que no querías vivir aquí y quedarse en Stepping Dearsley

no es una decisión que puedas tomar a la ligera, Nina.

—He cambiado —suspiró ella—. Ahora, cada vez que voy a Londres, estoy deseando volver al campo.

—¿Seguro que es el campo lo que te atrae?

—El campo y Rob, desde luego. Podría vivir en la selva de Burma o en el Polo Norte, si estuviera con él.

Y, en aquel momento, parecía estar en el Polo Norte, pensó mientras pisaba la nieve con unas botas que pensaba quitarse en cuanto llegase al hotel.

Capítulo 9

CUANDO Nina llegaba al hotel caían copos enormes y pensó en lo que había dicho su padre. En el pueblo la nieve era preciosa, pero podía ser un problema grave en las colinas.

Una vez dentro, se quitó las botas y se puso unas sandalias de tacón de aguja. Pensaba pasarlo bien aquella noche y no pensar en nada más.

Estaban todos: los médicos, las secretarias, las enfermeras, las comadronas… la única que faltaba era Bettine. Y se alegraba de que la ex prometida de Rob no estuviera allí.

Pero cuando alguien preguntó a Rob, éste dijo que Bettine se pasaría por el hotel para decirle adiós a los compañeros porque se marchaba de la clínica.

—Tendréis que buscar un nuevo miembro para la directiva —dijo Nina, esperanzada.

Él la miró de arriba abajo. Estaba guapísima y ella podía ver admiración en sus ojos.

Solo por eso merecía la pena haberse arreglado.

—Creo que sí. Pero quiero que sea un hombre.

—¿Por qué? —preguntó Nina, sorprendida.

—Pues… porque yo creo que sería menos problemático.

—Vaya, no sabía que eras machista.

—No lo soy.

—Entonces, ¿tienes reservas sobre mi trabajo?

—Sobre tu trabajo, no. Tengo reservas sobre mi tranquilidad mental.

Nina levantó los ojos al cielo.

—¡Por favor! Yo no voy donde mi presencia no es deseada.

—¿Quién ha dicho que no sea deseada? Es posible desear algo demasiado, Nina.

Antes de que ella pudiera replicar, el maitre les dijo que podían pasar al comedor. Rob y ella esta ban sentados uno al lado del otro y Nina intuyó que no era accidental.

—¿Quién ha decidido cómo íbamos a sentarnos?

—Yo no —contestó él—. Creo que ha sido Bárbara.

Como apenas estamos juntos durante la semana… Era una broma, pero le dolió. Quizá en el fondo era eso lo que pensaba.

Daba igual, se dijo. Aquella noche estaba dispuesta a divertirse.

No podía estar todo el día angustiada por un hombre que parecía incapaz de tomar una decisión.

Si Rob estaba cansado de verla, ella no. Además, trabajar en la clínica no era lo mismo que es tar juntos con una copa de champán en la mano. Cuando fueron al bar, volvieron a sentarse juntos, sin percatarse de las miradas o las risitas de sus compañeros.

En ese momento, se acercó a ellos el conserje del hotel.

—La carretera está cortada por la nieve, doctor Carslake. Los Sheffield iban a venir a cenar, pero han tenido que quedarse en casa.

—Gracias, Martin. Si hay alguna llamada urgente, no dude en venir a buscarme.

Nina pensó que quizá era esa la razón por la que Bettine no había aparecido. Pero seguramente estaba en casa de su suegra. Con aquel temporal y estando embarazada, no se habría quedado en la colina, pensó.

Unos minutos más tarde, el conserje volvió a acercarse.

—Una llamada para usted, doctor Carslake.

Nina intuyó que era algún paciente. Ser médico en un pueblo pequeño significa que la mitad de las fiestas van a estropearse por una razón u otra.

—Bettine tiene muchos dolores y la ambulancia no puede llegar hasta la colina —le dijo Rob unos minutos después.

—¿Está en la granja con este tiempo?

—Me temo que sí. Tengo que irme.

—Pero si la carretera está cortada…

—Tendré que subir con el coche hasta donde pueda. Y luego seguiré a pie.

—¿Por qué tienes que ir precisamente tú? —preguntó Nina, furiosa—. Puede ir Gavin o el doctor Raju…

—Me han llamado a mí —la interrumpió él.

—¿Qué pasa? —preguntó Gavin cuando Rob salía del bar.

—Es Bettine. Parece que está teniendo dolores y la ambulancia no puede llegar hasta la granja. Han llamado a Rob para que suba a verla.

—¿Con este temporal? Pero claro, es lógico que haya llamado a Rob.

—¿Porqué?

—Pues porque una vez estuvieron comprometidos…

—¿Estás diciendo que a Rob le sigue importando Bettine?

—No lo sé —contestó Gavin—. Pero Rob no es de los que van de flor en flor.

Eso era cierto.

Nina tomó una decisión. No podía dejar que fuera solo. Había llevado unas buenas botas y el abrigo de cuero la protegería del frío. Además, si perdía a Rob, no le quedaba nada que mereciera la pena.

Cuando él bajó corriendo de su apartamento, lo estaba esperando en la puerta de la consulta.

—¿Qué haces aquí?

—Voy contigo —contestó ella.

—¡De eso nada!

—Yo tengo experiencia en obstetricia, así que vámonos. Hace demasiado frío como para seguir aquí parados.

—No quiero que vengas conmigo. Es peligroso. Nina estaba entrando en el coche y lo miró, retadora.

—¿No me digas?

Rob dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo. Pero al primer signo de peligro, te vuelves. ¿Vale?

—Vale.

Durante los primeros kilómetros no tuvieron grandes problemas, pero el helado viento del norte estaba cubriendo la carretera de nieve y los dos sabían que, poco después, tendrían que dejar el coche en la cuneta.

Si Bettine hubiera ido a casa de su suegra, no estarían en aquella situación, pensó Nina, enfadada. Poco después, las ruedas del coche se quedaron atascadas en un montón de nieve.

—¡Maldita sea! Solo quedan dos kilómetros. Voy a ver si puedo moverlo —dijo Rob, abriendo la puerta.

—No vas a poder.

—Tenemos que llegar, Nina. Bettine tiene dolores y nadie puede ayudarla más que tú y yo.

—¿Dónde está su suegra?

—Ha ido a visitar a unos parientes, creo.

Cinco minutos después, Rob intentó arrancar de nuevo, pero las ruedas estaban atascadas.

—Vamos a tener que ir andando —murmuró. Y cuando la miró, Nina vio que se ponía furioso—. ¿Por qué he dejado que vinieras? Si te pasa algo, será culpa mía.

—Será culpa mía —replicó ella—. He sido yo quien ha decidido venir. Además, somos un equipo.

—¿Ah, sí? ¿No has oído eso de que se viaja más rápido sin equipaje?

—¿Eso es lo que yo soy? ¿Una maleta?

—No quería decir eso —murmuró Rob.

Estaba tan enfadado que Nina pensó si Gavin tendría razón. Quizá seguía sintiendo algo por Bettine.

—¿Nos vamos?

—Vámonos —suspiró él, saliendo del coche. Cuando estuvieron fuera, la tomó por la cintura—. No te separes de mí.

En la oscuridad, cada paso era un esfuerzo. Incluso respirar era difícil con el viento golpeando sus caras. Nina estaba angustiada. No solo por lo peligroso de la situación, sino porque intuía que la preocupación de Rob por Bettine iba más allá de la que siente un médico por su paciente.

Con la cara inclinada para resguardarse del viento, no veía la expresión del hombre.

Rob estaba muy preocupado. Había puesto en peligro la vida de Nina al aceptar que fuera con él. Y si salían de aquella, sería un milagro. No solo por el frío, sino porque apenas veían en la oscuridad y si caían rodando por la pendiente…

Poco después, vieron unas sombras delante de ellos. ¡Los hermanos Blackmore!

Afortunadamente, habían salido a buscarlos.

Rob entró en la habitación de Bettine en cuanto llegaron a la casa. El más joven de los Blackmore le ofreció a Nina una toalla y unos calcetines gruesos.

—No puedo hablar con la ambulancia —murmuró Rob, saliendo de la habitación—. No hay cobertura.

—¿Cómo está Bettine?

—No estoy seguro. Pero mi opinión es que la placenta está rompiéndose.

—Oh, no —murmuró Nina.

—Bettine opina lo mismo. Aunque es difícil hacer un diagnóstico

cuando uno es el propio paciente.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Pérdida de sangre y mucosa y rigidez en el útero. Eso es lo que provoca el dolor. Solo hay una forma de sacarla de aquí. En helicóptero.

—¿Tú crees que el hospital podría enviar uno?

—Eso estoy intentando… ¿Oiga? ¿Oiga? Soy el doctor Carslake… Por fin puedo hablar con alguien. Nina, ve a la habitación y dile a Bettine que estoy pidiendo un helicóptero —dijo Rob entonces.

—¿Dónde está su marido?

—¡Con ella, por supuesto!

Pero Keith no estaba en la habitación y Bettine solo quería ver a Rob.

—Está llamando por teléfono a un helicóptero —explicó Nina.

Tenía que hacer un esfuerzo para no decirle a aquella mujer que, aunque estaba en peligro su vida y la de su hijo, ella ya no era la prometida de Robert Carslake. Había perdido sus derechos al acostarse con otro hombre.

—Keith está metiendo a los animales en el establo —dijo Bettine entonces, como si leyera sus pensamientos—. Cuando las vacas paren, no tienen ningún problema y mi marido no entiende que yo los tenga —añadió, irónica.

Con ese panorama, era lógico que quisiera tener a Rob a su lado, pensó entonces Nina.

¿Y qué estaba haciendo ella allí? Los dos habían dejado claro que no pintaba nada.

—Todo está organizado —dijo Rob poco después, entrando en la habitación—. Dentro de diez minutos llegará un helicóptero del hospital. Voy a decirle a los Blackmore que intenten limpiar un poco la nieve para que pueda tomar tierra.

—¡No te vayas! —exclamó Bettine—. Que vaya *ella* a pedírselo.

—¿Te importa? —preguntó Rob.

Nina asintió. «Ella» iba a hacer los recados. En esas circunstancias, no le importaba.

Pero ¿tenía Bettine que ser tan grosera?

Bettine y su marido iban de camino hacia el hospital y era hora de pensar en sus propios problemas, se dijo Nina. Estaba deseando

volver a casa y abrazar a Eloise, aquella vez no para consolar a su madrastra sino para buscar consuelo.

—Le he pedido al piloto que vuelva por nosotros cuando deje a Bettine en el hospital. Si no, tendríamos que quedarnos aquí toda la noche.

—Vale —murmuró ella, intentando controlar las lágrimas.

—¿Qué te pasa, Nina?

—Nada. Que tengo la impresión de haber perdido el camino.

Rob la miró, consternado.

—Si te refieres a estar atrapados aquí, ya te he dicho que vendrán a buscarnos.

—No me refiero a eso. Estoy hablando de mi vida. Lo tenía todo planeado y… pensaba irme a Somalia o a Bosnia cuando terminase los estudios. Pero tuve que venir a Stepping Dearsley y ahora ya no sé qué quiero.

—Viniste a Stepping Dearsley para cuidar de Eloise.

—Lo sé. Y ahora que está bien… las cosas son diferentes. Pensé que te sentías tan atraído por mí como yo por ti. Y pensé que lo tuyo con Bettine se había terminado del todo, pero después de verte hoy con ella…

—¿Crees que sigo enamorado de Bettine?

—Sí.

—Soy médico, Nina. Y me preocupo por mis pacientes, sean quienes sean. Además, los celos son una emoción infantil.

Nina sintió frío. Por dentro y por fuera. Debía de haber estado loca al pensar que Robert Carslake y ella podían mantener una relación.

¿Qué había sido de aquella preciosa noche? Era como si hubiera pasado una eternidad desde que durmió en sus brazos.

Nina acababa de ver a otro Rob. El que salía corriendo cuando Bettine lo llamaba.

Aunque ella habría hecho lo mismo por cualquier paciente. ¿Estaba siendo poco razonable?

—No estoy celosa, pero eso no cambia el hecho de que Bettine sigue importándote más que yo.

La puerta se abrió en ese momento y la entrada de los hermanos Blackmore impidió que Rob dijera nada.

—El helicóptero ha vuelto —dijo el más joven.

—¿Queréis venir con nosotros?

—Alguien tiene que quedarse con los animales. Adeir.ás, esto pasa todos los inviernos y tenemos comida y leña suficiente para aguantar una semana más.

—Voy a buscar mis botas —murmuró Nina—. Espero que estén secas.

Lo estaban, afortunadamente.

—Decidle a Keith que me llame en cuanto sepa algo —se despidió Rob, antes de subir al helicóptero—. Eso para que veas que el marido de Bettine no piensa lo mismo que tú. Él sabe que solo quería verme como médico.

—Keith no está… estaba enamorado de ti —replicó ella.

—¿En pasado? Ah, ya veo que tus sentimientos eran muy profundos.

—¿Sabes una cosa, Rob? Casi preferiría no volver a verte nunca.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Eloise cuando Nina llegó a casa—. ¿Dónde está Rob?

—En su apartamento.

—Deberías haberlo traído aquí —dijo su padre—. Tenemos jamón y huevos para un regimiento.

—Él también tiene despensa, papá.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Eloise—. Y ¿cómo está Bettine, por cierto?

—No muy bien. Rob cree que se la ha roto la placenta.

—¿Y tú qué opinas?

—No tengo ni idea. Bettine solo quería verlo a él.

—Y eso no te ha hecho gracia, ¿verdad?

—¿Crees que estoy siendo poco razonable? —preguntó Nina, angustiada.

—No lo sé, cariño. Anda, cámbiate de ropa. Cuando bajes, tu padre te hará un buen plato de huevos con jamón.

Solo había estado fuera de casa ocho horas, pero le parecía un siglo. Y en ese tiempo, por fin había tomado una decisión. Después de Navidad, se marcharía de Stepping Dearsley.

El cáncer de Eloise estaba remitiendo y sus padres podían quedarse solos. Había llegado la hora de decir adiós.

Cuando estaba quedándose dormida, sonó el teléfono.

—¿Nina?

—¿Sí?

—Soy Rob. Solo quería saber si estás bien.

—Por supuesto —contestó ella, con frialdad.

—¿Sigues castigándome por hacer mí trabajo?

—Eres tú quien me está castigando. Pero hasta hoy no me había dado cuenta.

—No voy a discutir contigo. ¿Quieres saber cómo está Bettine o no?

—Claro que sí —replicó Nina, indignada—. Puede que tenga celos, pero estoy tan preocupada por ella como tú.

—Vale, me has convencido. Le han hecho una cesárea.

—¿Y qué tal?

—Bien. Es un niño. Prematuro, pero sano —contesto él—. Y antes de que te lo cuente otra persona, prefiero decírtelo yo. El niño va a llamarse Robert.

Capítulo 10

ROB ESTABA hablando con el doctor Raju cuando Nina entró en la clínica y después de saludarla con la cabeza, se metió en su consulta.

Se mostraba frío con ella, pero debía estar contento por tenerla de vuelta en el trabajo.

Si los Blackmore no hubieran aparecido, Nina Lombard podría haber acabado bajo dos palmos de nieve en la colina.

¿Y qué había hecho él? Tratarla con frialdad. Dejarle creer que sentía algo por Bettine.

Pero estaba tan furioso consigo mismo por haberla puesto en peligro…

Nina se dejó caer en la silla, furiosa. Encima la trataba como a una desconocida. Pero sería mejor dejar de pensar en él. Al fin al cabo, no iban a volver a verse después de Navidad.

Su primer paciente era Andy Jones, un obrero que bebía demasiado. Aquel día le dolía mucho un dedo del pie.

—Empezó a dolerme el jueves. Tengo treinta y dos años, así que soy demasiado joven para tener artrosis, ¿no?

—Yo diría que no es artrosis —murmuró Nina—. Me temo que es gota.

—¡Gota! ¡Pero si esa es una enfermedad de viejos!

—No creas. La gota aparece cuando hay un nivel muy alto de ácido úrico en la sangre.

No debes comer hígado ni vísceras. Y, por supuesto, tienes que dejar de beber.

—¿En serio?

—Completamente —sonrió ella—. Voy a recetarte un anti—inflamatorio, pero quiero que vengas a verme la semana que viene para ver cómo está. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmuró Andy, incrédulo—. ¿Por qué no tengo la gripe, como todo el mundo?

Pero no todo el mundo tenía la gripe. A mitad de mañana, Nina recibió a una chica con el tobillo hinchado. Pero no era un esguince. Por lo visto, acababa de volver de África, donde le había picado un insecto.

—No vi lo que era. Solo sentí el picotazo. Y desde entonces, no deja de hincharse.

El tobillo estaba tan hinchado que el veneno, obviamente, seguía dentro. Nina no tenía experiencia con ese tipo de cosas y decidió pedir una segunda opinión.

—Dime —sonrió Rob al verla entrar en su consulta.

—Tengo una paciente a la que me gustaría que vieras.

—¿Porqué?

—Yo creo que es una picadura de garrapata o algo por el estilo. Tiene el tobillo hinchadísimo.

Rob entró en su consulta y examinó a la paciente.

—Voy a darle un antibiótico, pero si la hinchazón no ha bajado mañana tendrá que venir de nuevo.

—Gracias —dijo Nina cuando la mujer salió de la consulta.

—Para eso estoy. Entre otras cosas.

Ella no pensaba morder el anzuelo. Hubiera querido hacerlo, pero había una nube negra sobre su cabeza y estaba segura de que no desaparecía en mucho tiempo.

—¿Qué tal está Eloise?

—Muy bien. Está como nueva.

—Me alegro mucho —sonrió Rob—. El cáncer es una enfermedad extraña.

Afortunadamente, en el caso de Eloise, el tratamiento está dando resultado.

—Sí —murmuró ella. Esperaba, impaciente, que Rob saliera de su consulta, pero él no parecía tener ganas de marcharse.

—Supongo que ahora seguirás con tus planes. Y te recuerdo que, si piensas marcharte de la clínica, debes avisar con quince días de antelación.

¿Cómo podía hablar de algo que los afectaba a los dos como si no tuviera importancia?, se preguntó Nina, furiosa. Hablaba de su marcha de Stepping Dearsley como si estuviera hablando del tiempo.

—No pienso marcharte hasta después de Navidad.

—Entonces, ¿la invitación para comer en tu casa sigue en pie?

—Por supuesto —contestó ella, conteniendo las lágrimas.

¿Cómo podían estar manteniendo aquella conversación? Cuando llegó a Stepping Dearsley se hicieron amigos, después amantes y luego… extraños. Todo porque Robert Carslake era un hombre de principios.

Cuando Nina levantó la cabeza y Rob vio que tenía los ojos húmedos, sintió que se le encogía el corazón. Pero no podía pedirle que se quedase. Solo había ido al pueblo por Eloise y no podía pedirle que hiciera el sacrificio de olvidar sus planes. Era una buena profesional y aunque él estuviera comprometido con aquel «dispensario de pueblo», Nina no lo estaba.

Y, sin embargo, estaba metida en su sangre. Estaba en cada uno de sus pensamientos desde el primer día…

Sin poder evitarlo, la tomó en sus brazos. Aunque fuera por última vez quería besarla.

Al principio, fue un beso torpe, asustado. Pero pronto el deseo los abrumó a los dos.

Y Nina sabía que si estuvieran en otro sitio, acabarían haciendo el amor.

O quizá no, porque Rob se apartó.

—Perdona. Es que… tus lágrimas me han hecho olvidar que…

—¡Deja de poner excusas! —le espetó ella, alterada—. Te necesito, Rob. ¿Cuándo vas a darte cuenta?

En ese momento, Gavin asomó la cabeza por la puerta y tuvieron que apartarse. Nina debía acudir a la consulta de obstetricia. Nunca le había apetecido menos. No solo por lo que acababa de pasar con Rob, sino porque durante el fin de semana había tenido que ver a otra mujer embarazada que iba a llamar Robert a su hijo.

Afortunadamente, Bettine y el niño estaban fuera de peligro.

Las pacientes de aquel lunes eran todas primerizas, excepto Amanda Benson, una mujer de cuarenta años con dos hijos adolescentes que, en la octava semana de embarazo, había decidido no seguir adelante.

—¿Por qué has cambiado de opinión, Amanda? —le preguntó Nina—. Hace dos semanas querías tener el niño.

—Sí, lo sé. Pero lo he pensado y creo que soy demasiado mayor para empezar otra vez a cambiar pañales.

—¿Y qué piensa tu marido?

—A él lo único que le preocupa es que no pierda mi trabajo —contestó la mujer.

—Ah, ya veo. Entonces, es un problema económico, ¿verdad?

Amanda se movió, incómoda.

—La verdad es que aún no se lo he dicho, pero creo que es lo mejor. ¿No le parece?

—Yo no puedo aconsejarte lo que debes hacer, pero creo que deberías hablar con tu marido. Vuelve la semana que viene y me dices cuál es la decisión —sonrió Nina, intentando animarla.

Cuando Amanda salió de la consulta, se dejó caer en la silla, agotada. Rob entró en ese momento y, sin decir nada, tomó su abrigo de la percha y lo puso frente a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Adónde vamos?

—Ya lo verás.

—¿Cómo?

—La próxima vez te lo pensarás dos veces antes de hacerte la buena —sonrió él.

—¿De qué estás hablando?

—De gatos, Nina Lombard. De los gatos de Ethel Platt. Se resbaló en la nieve y han tenido que llevarla al hospital, así que tenemos que encargarnos de Pufi, Bufy y… como se llamen.

Nina lo miró, incrédula.

—¿Cómo está Ethel?

—Tan antipática como siempre. Me hizo jurar que nos encargaríamos de los gatos antes de subir a la ambulancia.

Con la sensación de que aquel día era una mezcla de angustia, pasión y tragicomedia, Nina lo siguió hasta la calle.

Lo último que había esperado era tener que hacerse cargo de los mininos. Y el pobre Rob, que tenía a Zacky… Se podía armar una gorda.

—¿Quieres que me los lleve yo?

—Te sientes culpable, ¿no?

—Un poco —admitió ella.

Rob sacudió la cabeza.

—No hace falta. Además, Ethel se pondría furiosa si no hiciéramos lo que está previsto en su testamento. Dos para ti y dos para mí. Pero llámame por teléfono esta noche por si tengo algún problema. Y si lo tengo, te vas a enterar.

Cuando llamó por teléfono, Rob no estaba en casa. Y no volvió hasta media hora más tarde.

—Acabo de llegar del hospital.

Nina se preguntó si habría ido para ver a Bettine. No como su ex

prometido, sino como médico. Fuera como fuera, si había ido a verla Nina no quería saberlo.

—¿Qué tal Tiddles y Titmarsh? Los míos están muy tranquilos.

—¿Ah, sí? Pues estos no.

—¿Qué quieres decir?

—Que he tenido que ir a buscar a Titmarsh a casa de Ethel.

—Eso es porque no sabes hablar con ellos —sonrió Nina.

—Es posible —rio Rob también. Y después, lo estropeó—. Si Ethel sigue en el hospital cuando tú te marches, ¿qué haremos con los gatos?

—Mis padres se quedarán con ellos.

«¡Y deja de echarme de aquí!», pensó. Ella quería quedarse. Le gustaba Stepping Dearsley y, aunque no fuera así, la presencia de Rob era suficiente como para mantenerla cautiva.

Pero Rob, que se sentía atraído por ella, no hacía nada para que su relación siguiera adelante. Y Nina estaba harta de intentarlo.

—Si quieres, me pasaré por tu casa para intentar calmar a ese aventurero —se ofreció, esperando que él dijera que no.

—Sí, por favor. Me parece que este pobre echa de menos la mano de una mujer.

Mientras se ponía un chaquetón de cuero sobre el jersey verde y los vaqueros, Nina pensaba que Robert Carslake también necesitaba la mano de una mujer, pero no se daba cuenta.

Cuando llegó a su apartamento, él la recibió con una sonrisa en los labios.

—¿Te apetece un café?

—Preferiría una copa de vino.

Rob había decorado el árbol de Navidad con luces de colores y el salón era mucho más acogedor que la primera vez que lo vio. Tanto, que hubiera deseado quedarse allí para siempre.

Una hora después, mientras jugaba con los gatitos frente a la chimenea, se le empezaron a cerrar los ojos. Seguramente era el vino, se dijo.

Rob la miraba con una sonrisa en los labios. Cuando se quedó dormida, encogida en el sofá con un gato en el regazo, parecía una niña. Sin embargo, era como si siempre hubiera estado allí, en su casa, en su sofá. Como si donde estaba él, tuviera que estar ella.

No podía seguir mirándola. Si lo hacía… su determinación se

iría por la ventana. Pero si se marchaba de Stepping Dearsley. ¿Qué haría él?

Rob apartó al gatito y la tomó en brazos para llevarla a la cama. Después de cubrirla con el edredón, se sentó a su lado y empezó a pensar seriamente en su futuro. Sin Nina Lombard.

Capítulo 11

CUANDO Nina despertó, no sabía dónde estaba. Asustada, volvió la cabeza y vio a Rob durmiendo a su lado.

Y entonces recordó. Se había quedado dormida delante de la chimenea y él debió llevarla a la habitación. Habían pasado la noche juntos y ella sin enterarse. Rob estaba encima del edredón y solo llevaba puestos los calzoncillos, mientras ella seguía con el jersey y los vaqueros.

Estaba quitándose la ropa para darse una ducha cuando recordó que le había dicho a Eloise que solo estaría fuera un rato. ¡Y eso había sido doce horas antes!

Quizá debería inventarse una urgencia, pensó mientras llamaba por teléfono.

—Vale, ¿a qué hora vuelves? —preguntó su padre.

—Dentro de media hora.

Cuando estaba colgando, escuchó pasos. Era Rob. Y ella estaba en ropa interior.

—Buenos días —la saludó él, con aquellos ojos de color nuez que estaban permanentemente en sus sueños.

—Buenos días. Creía que estabas dormido.

—Pues no. He tenido a mi lado a una cosita suave toda la noche y en cuanto se levanta… me siento perdido.

Nina no quería hacerse ilusiones. Otra vez no.

—Iba a darme una ducha.

—¿Qué tal si nos duchamos juntos? —sonrió él.

—No, Rob. ¿Para qué? ¿Para que dentro de una hora me digas que te arrepientes? — suspiró ella, cansada.

Rob la miró, muy serio.

—Anoche, cuando te vi dormida, me di cuenta de que no podía dejarte ir. Que no puedo separarme de ti. Me decía a mí mismo que no podía declararte mi amor porque acababa de romper con Bettine y porque tú solo estabas aquí por Eloise, pero ya no puedo esperar más.

Nina, te quiero. Quiero tener niños contigo y quiero que no me dejes nunca.

La declaración había salido de sus labios de golpe, como si la hubiera estado preparando durante mucho tiempo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Nina, con el corazón en la

garganta.

—Dímelo tú, mi amor.

—Vamos a quedarnos en Stepping Dearsley hasta que nuestros hijos hayan crecido. Y

después, nos iremos a algún sitio donde de verdad nos necesiten… juntos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Iré donde tú digas, Nina.

Mientras se duchaban, riendo y besándose como locos, Nina ahogó un gemido.

—¡Mi padre! Le he dicho que estaría en casa dentro de media hora. ¡Prepárate para un pelotón de fusilamiento!

—Tengo un mensaje para ti de una de tus futuras mamás —le dijo Rob al día siguiente.

—¿De quién?

—Amanda. Su marido y ella han decidido seguir adelante con el embarazo. Parece que acaban de abrir una empresa de construcción y yo les he ofrecido su primer trabajo.

—¿Ah, sí?

—Van a empezar haciendo nuestra casa.

—Qué bien —sonrió ella, echándose en brazos de su prometido.

—Además, ya tengo algo que colgar en las paredes.

—¿Qué? —preguntó Nina.

—¿Recuerdas el día que fuimos de compras y tuve que hacer un recado?

—Sí.

Rob estaba abriendo el maletero de su coche y de él sacó algo cuadrado de buen tamaño.

—Llevé esto para que lo enmarcaran.

—¿Qué es?

—Quítale el papel y lo verás.

—¡Soy yo! —exclamó Nina—. Rob, es un retrato precioso…

—Tú eres preciosa. Era lo único que tenía durante esas largas noches en las que el orgullo me impedía estar contigo. Pero ahora no solo tengo un retrato. Ahora te tengo a ti.